

CRISTIANDAD



6 RAZON DE ESTE NUMERO

CRISTIANDAD, que cree que la devoción al Corazón de Cristo, «resumen de toda la Religión y regla de vida perfecta», es el medio providencialmente escogido por Dios para salvar a la sociedad moderna, ante la amplitud y dificultad de este tema se limita, en el presente número, a indicar brevemente: a) la providencial oportunidad de esta devoción; b) su virtualidad para salvarnos; c) algunos de los obstáculos principales que le han salido al paso: el jansenismo y la revolución.

El número actual va consagrado a celebrar la fiesta del Corazón de Cristo, tabernáculo desde donde el Divino Espíritu difunde su salvadora influencia sobre las almas y sobre los pueblos.

Siguiendo el plan ya anunciado, la sección «**A Guisa de Tertulia**» (págs. 12 y 13), rompe la unidad del número, con un artículo del **Rvdo. Esteban Miquela, Pbro.**, sobre otro poeta católico contemporáneo: **Charles Péguy**.

Constituyen las restantes secciones los siguientes artículos y fragmentos:

Editorial, **Nuestra Bandera** (pág. 1). **Acto de Reparación al Sagrado Corazón de Jesús** (pág. 2). **¡Ven...!**, poesía, de Rafael de los Reyes García (pág. 3).

Sección «**Plura ut unum**». **La Revelación del Sagrado Corazón de Jesús**, se desarrolla en los cuatro artículos siguientes: Págs. 4 y 5: **Situación mundial en la segunda mitad del siglo XVII**, por Domingo Sanmartí Font. Págs. 6 y 7: **Una profecía social: «Reinaré a pesar de mis enemigos»**, por José M.^a Minoves Fusté. Págs. 8 y 9: **Momentos de una lucha**, por Jaime Bofill. Págs. 10 y 11: **¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!**: reseña de un episodio de la Revolución francesa, contraposición expresa de dos símbolos, por María Asunción López.

Sección **Del Tesoro Perenne: «Nova et Vetera»**. Pág. 14: **¿Por qué consagrarse al Sacratísimo Corazón?**, (León XIII). Págs. 14 y 15: **La devoción al Sagrado Corazón es la satisfacción divina de las tendencias sociales**, por E. Ramière. Pág. 16: **Emoción causada en España por la invitación pontificia a todas las diócesis del universo a consagrarse al Divino Corazón**, por Gabino Tejado. Pág. 16: **Sobre las súplicas de 160 obispos y de tres millones de católicos**. Págs. 17 y 18: **Oportunidad con que se revela el Sagrado Corazón de Jesús. El orbe católico ve en él su esperanza**, por el Ilmo. Dr. José Torras y Bages. Pág. 19: **Las prácticas esenciales de la devoción al Sagrado Corazón. I: La Consagración. II: La Reparación.** (Encl. «Miserentissimus»).

Sección «**A la Luz del Vaticano**». I. La Cultura: **A propósito de «Altar Mayor»**, por Fraxinus Excelsior. II. La Vida: **El Congreso Eucarístico Diocesano de Barcelona. Comentario Internacional: Roma ocupada por los aliados.—El Segundo frente.—La cuestión de Palestina**, por José-Oriol Cuffi.

Completan este número, ilustraciones de Ignacio M.^a Serra Goday, M.^a M. Plana y Antonio Marín.





Hijo de **JOSÉ MARCET POAL**

NOVEDADES EN TEJIDOS
DE LANA Y ESTAMBRE

General Mola, 24 - TARRASA - Teléfono 2219

A. y M., S. A.

TARRASA

**COMPAÑÍA FABRIL DE
CARBONES ELÉCTRICOS, S. A.**

DIPUTACIÓN, 225 - BARCELONA - TELÉF. 16171

Productos "CLAT", de fabricación nacional

Carbones eléctricos "CLAT"
para cinematógrafo, fotograbado, pilas secas, faros y proyectores

Escobillas "CLAT"
para motores y dínamos, en todas clases y medidas

Refractarios "CLAT"
de alúmina, sílice y magnesita, a altas temperaturas y especiales para todas las industrias

Electrodos "CLAT"
Redondos, cuadrados y con uniones, para la metalurgia en general

Muelas "CLAT"
Procedimiento cerámico y elástico, para afilar y desbastar.
En todas sus formas y dimensiones

Sala y Badrinas

Tejidos de Lana

DESPACHO EN BARCELONA
Caspe, 33 B

FABRICA EN TARRASA
Prim, 59

CRISTIANDAD

NÚMERO 6 - AÑO I
SUSCRIPCIÓN ANUAL: 48'— Ptas.
EJEMPLAR. 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

15 Junio de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870
B A R C E L O N A

NUESTRA BANDERA

Si en la lucha que en este momento ha abordado ya a las playas occidentales de Europa, se discuten, no sólo unos palmos de terreno o unos intereses materiales, sino unos intereses morales y espirituales en toda la amplitud que estas palabras abarcan, no es posible olvidar a una de las partes que ordinariamente se pasa por alto.

Sociedad universal, y de hecho tan vasta como el mayor de los imperios que toman parte en la lucha, su fin es el bien y su método la verdad heroicamente proclamada. Su fundador, el Hijo de Dios, y su Jefe, el Romano Pontífice. Nos referimos a la Iglesia Católica.

¿Quién negará que se arriesgan en esta lucha intereses para Ella vitales? ¿Quién negará, por otra parte, que está presente con toda su fuerza en los más lejanos frentes, como en la más retirada retaguardia o en el más profundo refugio?

¿No se cuenta con ella? Pues bien, la Iglesia Romana, desoída en los medios políticos; la Iglesia, cuyo Jefe no pudo arrancar de ninguno de los beligerantes una promesa incondicional y pública de respeto a la Ciudad Eterna, cuando el torbellino de la guerra amenazaba destruirla; la Iglesia, obligada en muchas partes a refugiarse en el fondo de los corazones, no está en posición de derrota: tiene medios para realizar su mandato divino y expresa constantemente a la faz del mundo su seguridad en la victoria.

El fin que hoy, como siempre, persigue, no es otro que la paz verdadera, la Paz de Cristo en el Reino de Cristo, la paz fundada en la verdad y el amor.

No se cansa de repetirlo nuestro Santo Pontífice:

«El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor, son la única vía de salvación.»

Este es nuestro ideal y nuestra bandera. Bajo sus pliegues desplegados al viento, milita CRISTIANDAD desde el primer instante; incluso antes de aparecer a la luz pública, como recordaba uno de sus redactores en el artículo del pasado número, titulado Prehistoria de «Cristiandad».

CRISTIANDAD cree que la paz del mundo es posible y que ella ha de ser fruto de la difusión del Espíritu de amor, simbolizado en el Corazón de Cristo.

Por esto, cree también que la devoción a este Divino Corazón tiene virtualidad eficaz para devolver al mundo la paz. Más aún: que es, precisamente, el medio que ofrece Dios, en nuestros tiempos, para salvar a la sociedad de los males gravísimos que la afligen y amenazan.

No es esto una opinión propia, fruto de una devoción particular: es la enseñanza insistente de los Romanos Pontífices, que el lector encontrará constantemente reproducida en estas páginas.

Al dedicar el presente número, sexto de su serie, al Sacratísimo Corazón de Cristo, quisiéramos hacer comprender a nuestros lectores el espíritu más íntimo y la razón de ser de CRISTIANDAD.



DE LA CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PÍO XI

“MISERENTISSIMUS REDEMPTOR”

8 DE MAYO DE 1928

Del mismo modo que la devoción de la consagración, en sus comienzos humilde, más extendida después, logró su deseado esplendor con nuestra confirmación, en la institución de la fiesta de Cristo Rey, así también la costumbre de esta expiación o piadosa reparación, ya de antes santamente introducida y santamente propagada, Nos deseamos mucho que sea firmemente sancionada por nuestra autoridad apostólica, y más solemnemente practicada por todo el universo católico.

A este fin decretamos y mandamos que cada año, en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús—fiesta que con esta ocasión ordenamos se eleve al grado de doble de primera clase con octava—, en todos los templos de todo el mundo se rece solemnemente, y con las mismas palabras, el mismo acto de reparación o desagravios al Sacratísimo Corazón de Jesús, según lo ponemos al pie de esta carta, para que se lloren nuestras culpas y se resarzan los derechos violados de Nuestro Sumo Rey y amantísimo Señor.

PIO XI, Papa

ACTO DE REPARACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh, dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago de los ingratos más que olvido, negligencia y menosprecio! ; vednos postrados ante vuestro altar, para reparar, con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

Mas, recordando que también nosotros alguna vez nos manchamos con tal indignidad, de la cual nos dolemos ahora vivamente, deseamos, ante todo, obtener para nuestras almas vuestra divina misericordia, dispuestos a reparar, con voluntaria expiación, no sólo nuestros propios pecados, sino también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación y obstinados en su infidelidad, o no quieren seguirnos como a Pastor y Guía, o, conculcando las promesas del bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de vuestra ley.

Nosotros queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra Vos y contra vuestros Santos, los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al Orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el mismo Sacramento del Amor y, en fin, los públicos pecados de las

naciones que oponen resistencia a los derechos y al magisterio de la Iglesia por Vos fundada.

¡Ojalá que nos fuese dado lavar tantos crímenes con nuestra propia sangre! Mas, entre tanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con la expiación de la Virgen vuestra Madre, de los santos y de las almas buenas, Os ofrecemos la satisfacción que Vos mismo ofrecisteis un día sobre la Cruz al Eterno Padre y que diariamente se renueva en nuestros altares, prometiendo de todo corazón que, en cuanto nos sea posible y mediante el auxilio de vuestra gracia, repararemos los pecados propios y los ajenos y la indiferencia de las almas hacia vuestro amor, oponiendo la firmeza en la fe, la inocencia de la vida y la observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la caridad, mientras nos esforzamos, además, por impedir que seáis injuriado y por atraer a cuantos podamos para que vayan en vuestro seguimiento.

¡Oh benignísimo Jesús!: por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, os suplicamos que recibáis este voluntario acto de reparación; concedednos que seamos fieles a vuestros mandatos y a vuestro servicio hasta la muerte, y otorgadnos el don de la perseverancia, con el cual lleguemos felizmente a la gloria, donde, en unión del Padre y del Espíritu Santo, vivís y reináis, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

RAFAEL DE LOS REYES-GARCIA, de la Compañía de Jesús, vió truncadas sus extraordinarias dotes de predicador y pedagogo por una enfermedad nerviosa, a la que vino a añadirse la ceguera, cuando tenía treinta y nueve años. Por esta causa no pudo nunca ordenarse sacerdote.

La poesía que reproduce aquí la piedad de un amigo, traduce a un tiempo la delicadeza de su hondo misticismo y la emoción de su tragedia personal.

(30-X-1847-2-X-1918)

¡Ven...!

*Ven al jardín, Jesús; ya con las flores
Pintando fué los árboles abril;
Ya cantaron los dulces ruiseñores
En las copas del álamo gentil.*

*Antes que el lirio y las fragantes rosas
Al viento, mustias ya, sus hojas den,
Coronado de flores más hermosas
Baja del cielo, y a mi huerto ven.*

*Bajo el sol que la tarde pasajera
Quiebra en celajes blancos de tisú,
¡Es tan triste la hermosa primavera
Cuando el rey de las flores no eres Tú!*

*Este lujo de aromas y colores
Que ornán del desterrado la mansión,
Estas nubes alegres, estas flores,
¡Cuán triste luto sin tu vista son!*

*Quando a los cielos tan cerrados miro,
Y oigo gemir las aves a compás,
¡Es tan amargo dar siempre un suspiro,
Nunca escuchando el que en respuesta das!*

*¡Esme tanto dolor, a las estrellas
Alzar los tristes ojos; conocer
Que el firmamento azul pinta sus huellas,
Y tus hermosos ojos nunca ver!*

*Pensar que oculto en mi mansión reposas,
Que mis jardines tu palacio son:
Dibujadas por Ti ver tantas rosas
¡Y en ninguna encontrar tu Corazón!*

*Una vez, no sé cómo, allá en el cielo,
Reflejado entre púrpuras te vi:
Pasaste cómo halcón que va de vuelo,
Y se acabó la tierra para mí.*

*¡Ay! Desde aquella tarde en que las aves
Dejaron para siempre de cantar,
¡Quién, sino Tú, que mi tristeza sabes,
Quién puede ya mis lágrimas contar?*

*Allá, en aquel relámpago, sabía
Mostrarme tu semblante tanto amor,
Que yo pensé tornabas a otro día,
Y años dura tu ausencia y mi dolor.*

*Como el alegre mes entonces era
Que pone al llanto del invierno fin,
Yo, a cada renaciente primavera,
Pienso tornar a verte en el jardín.*

*Vuelve el mágico abril, con sus colores,
Y sus tardes de alegre rosicler;
El cielo azul volvió; vuelven las flores,
Y sólo Tú no has vuelto a parecer.*

*¡Cuántas veces, sentado en la glorieta,
Adonde herido de tu vista fui,
Con delirios de amante y de poeta
Sueño verte sentado frente a mí!*

*Blanda lluvia de tristes pasionarias
Va del cielo cayendo a nuestros pies,
Y oyes con dulces ojos mis plegarias,
Y lloras Tú cuando llorar me ves.*

*¡Ay! Esta breve paz que el alma siente,
¿Será un delirio siempre, una ilusión...?
¿No te verán mis lágrimas presente?
¿No cambiaremos nunca el corazón?*

*Antes que ponga fin a mis anhelos
La muerte melancólica, ¿jamás
Abiertos, yo, contemplaré los cielos,
Ni Tú mi buen consolador serás?*

*¿No querrás, una tarde, Tú conmigo,
Una noche pasar? ¿No te veré,
Como un amigo ver suele a su amigo,
Y como a mí tu Corazón me ve?*

*¡Oh, amador celestial! Si los abrojos,
De mi destierro sientes, ven y pon
La luz de tus pupilas en mis ojos
Y en tus manos mi triste corazón.*

*De la glorieta en la mansión florida,
Que alza sus pasionarias sobre mí,
Llorando yo te contaré mi vida
Y cuanto por tu ausencia padeci.*

*Llenos de amor tus ojos soberanos
Daránme paz con su riente luz:
Compadecidas palparán tus manos
Mis espinas, mis clavos y mi cruz.*

*Aquí, a mi corazón abiertas llagas
En frescas flores Tú convertirás:
Aquí, si con el tuyo me embriagas,
Cánticos de placer escucharás.*

*Ven, Jesús, ven. Dorando alegres flores
Ya hermosísimo muere el sol de abril;
Música de escondidos ruiseñores
Repiten ya los ecos del pensil.*

*Tú, cuya planta imprimen los Querubes
En sus alas de nieve y de arrehol,
Y sin ocaso pálido, y sin nubes,
Del paraíso eterno eres el Sol.*

*Ilumíname a mí: si tanto me amas,
Si esta noche tan larga tiene fin,
Haz que en mi corazón prendan tus llamas:
Ven al jardín, mi amor, ven al jardín.*

LA REVELACION

del SAGRADO CORAZON de JESUS

Situación mundial

en la segunda mitad del siglo XVII

Decía Napoleón que, de haber vivido en tiempos de Luis XIV, no habría sido más que un mariscal como Turena.

Significa esto que los grandes acontecimientos históricos se producen cuando encuentran un marco, unas circunstancias apropiadas. Los ejemplos se podrían multiplicar hasta lo infinito.

Las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María son uno de los acontecimientos más importantes de la historia universal. No estará de más observar el ambiente mundial en la época en que se producen.

Estas revelaciones tienen lugar, principalmente, entre 1672 y 1688. Estamos, por tanto, en la segunda mitad del siglo xvii.

En el año 1648 se había firmado la paz de Westfalia, que ponía fin a la guerra de los Treinta Años. Esta guerra fué la última guerra de religión; fué la guerra europea de religión. La lucha entre el Catolicismo y el Protestantismo, que tantas veces había dado lugar a choques de las fuerzas armadas, alcanza en esta guerra su punto culminante y extiende la contienda por toda Europa.

Ciertamente, fué una guerra de religión y en ella los campos permanecieron, casi siempre, bien deslindados. Pero no es menos cierto que consideraciones políticas jugaron en ella un papel importante y, a veces, decisivo, especialmente las que determinaron su resultado final.

Los protestantes, que parecían definitivamente derrotados después de la batalla de Weisenberg o de la Montaña Blanca, y luego de la derrota de Dinamarca, se rehacen por la intervención de Suecia, que, acaudillada por el genial Gustavo Adolfo, llega a poner en grave peligro la causa católica. Pero Gustavo Adolfo, aunque vencedor, muere en la batalla de Lützen, y de nuevo los protestantes parecen hundidos en la batalla de Nordlinga, donde triunfaron juntos españoles e imperiales. Entonces es cuando Francia, la hija primogénita de la Iglesia, dirigida por el Cardenal Richelieu, entra decididamente en el palenque al lado de los protestantes.

Aquí juega una de las causas políticas, acaso la más importante de todas, que intervinieron en la guerra de los Treinta Años: la vieja rivalidad entre Francia y la Casa de Habsburgo, que había de decidir el final de la guerra.

La vieja y, hasta entonces, invencible infantería española, sufre la tremenda derrota de Rocroi. «Contad los muertos», dijo orgullosamente un soldado de los Tercios al Príncipe de Condé, que le preguntaba de cuántos hombres constaba su Tercio.

El Imperio y España, agotados, empobrecidos y, en realidad, derrotados, se ven en el trance de pedir la paz. El protestantismo es definitivamente vencedor en el norte de Europa.

Francia ha hecho un descubrimiento que, algunas décadas más tarde, se volverá terriblemente contra ella. Ha enseñado a España y al Imperio cómo un país católico puede aliarse con los protestantes para luchar contra los católicos; ha puesto los intereses políticos por encima de los religiosos.

Y en Westfalia se firma la paz, la primera paz laica después de la liberación de la Iglesia. El Nuncio, el posterior Alejandro VII, protestó de ella en nombre del Papa. Su protesta no sirvió y la paz laica, basada puramente en intereses políticos y materiales, y no en la caridad y la justicia, se llevó a cabo. Por primera vez se habla de equilibrio europeo.

Así entramos en la segunda mitad del siglo xvii.

En Francia reina Luis XIV, el Rey Sol. Esta nación está en plan de ser la primera potencia de Europa, y Luis XIV se prepara para adquirir la hegemonía.

Entre 1660 y 1700 se desarrollan las guerras de conquista de Francia, especialmente contra Holanda. La primera, abarca desde 1672 hasta 1678. La desdichada guerra produce en Holanda la caída de los hermanos de Witt y la elevación de Guillermo de Orange, calvinista, que será el implacable enemigo de Luis XIV y que recogerá el ejemplo dado cuarenta años antes por la misma Francia. Guillermo de Orange, calvinista, se aliara con España y Austria, católicas, contra Francia, también católica. La religión ya no contará en todas estas guerras puramente políticas.

En Inglaterra ocurren hechos de excepcional importancia. Jacobo II Estuardo, católico, es destronado y le sucede Guillermo de Orange — el enemigo de Luis XIV —, que, de este modo, obtiene una base sólida para sus combinaciones antifrancesas. Al mismo tiempo, esta segunda revolución inglesa, incruenta, representa el triunfo del espíritu moderno, liberal, democrático, parlamentario y anticatólico, que, en el transcurso del siglo siguiente, Inglaterra exportará a Francia y, por medio de ella, a toda Europa, y en el cual encarnará el espíritu revolucionario. Espíritu anticatólico que, de buen principio, se revela en la misma Inglaterra, excluyendo del trono a los príncipes ingleses católicos.

En el centro de Europa, el Imperio se halla en decadencia, arruinado y sin prestigio, después de la guerra de los Treinta Años.

España, que hasta entonces había sido el paladín del catolicismo, pasa por el triste reinado de Carlos II, el Hechizado, degenerado e insuficiente. Decadencia y ruina.

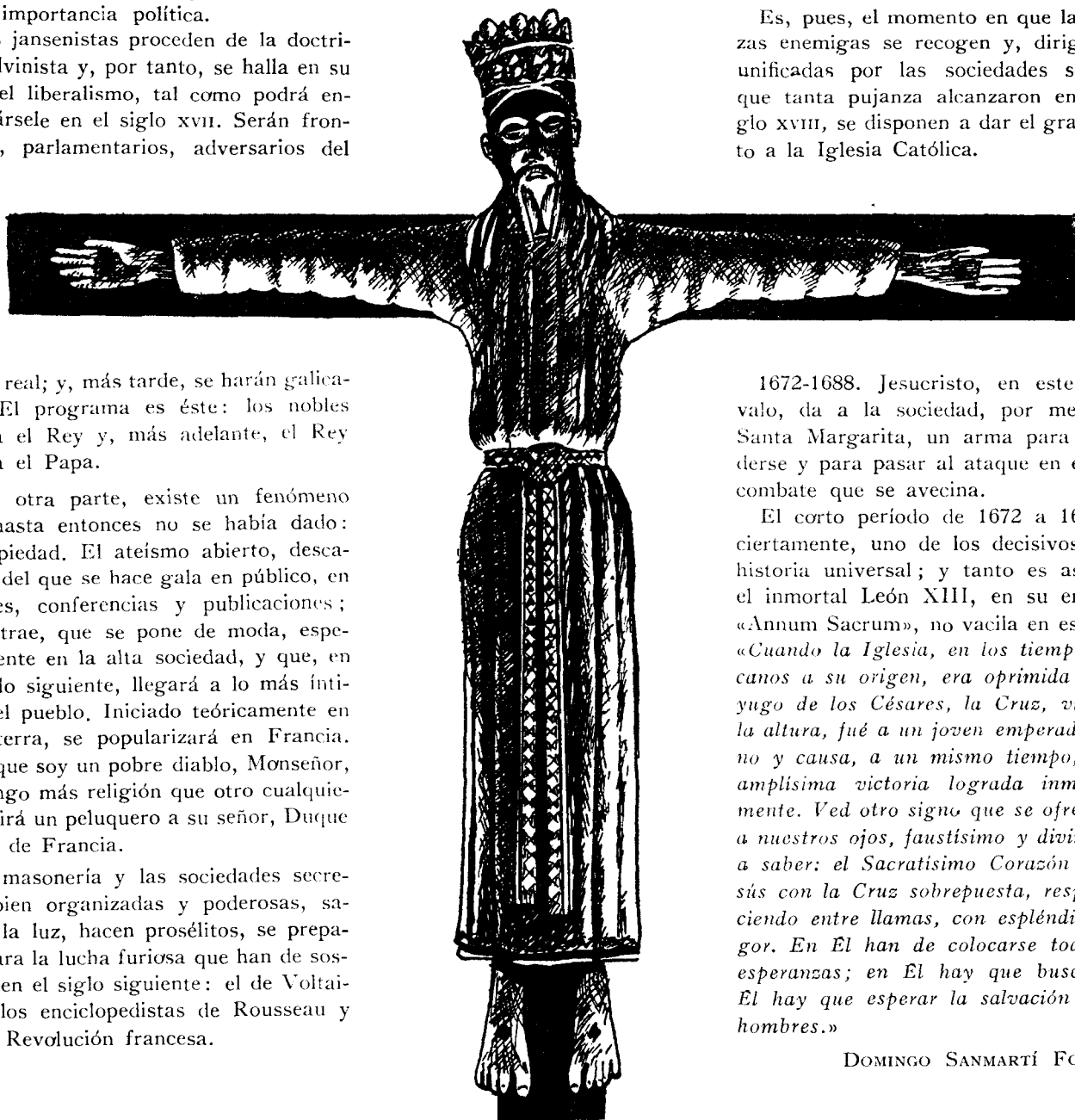
Polonia empieza su largo calvario que terminará con la repartición de la misma. El bastión del Norte del Catolicismo también se halla en plena crisis.

Enorme decadencia política, pues, de todas y cada una de las viejas potencias católicas, excepción hecha de Francia, que conserva y aun aumenta por aquel entonces su prestigio. Pero esta misma potencia, exteriormente tan brillante, encierra en su seno dos terribles gérmenes de descomposición. Gérmenes que son dos corrientes al parecer antagónicas, pero que, en realidad, van a parar ambas a un mismo fin: el jansenismo y la impiedad. El jansenismo, que, aparte de su trascendencia en el terreno religioso, tiene una gran importancia política.

Los jansenistas proceden de la doctrina calvinista y, por tanto, se halla en su base el liberalismo, tal como podrá encontrarse en el siglo XVII. Serán frondistas, parlamentarios, adversarios del

Naturalismo y liberalismo: los dos grandes males de nuestra época. Dios, ajeno al gobierno de la sociedad: un Dios constitucional, que reina y no gobierna. Tolerancia para todos; Jesucristo, a nivel de Mahoma o de Buda. Principio que encarna en la Revolución que se iniciará en el siglo siguiente y que, de una manera progresiva, aumentará su violencia hasta llegar a la apostasía práctica de todas las naciones que, en nuestra época, son, casi en su totalidad oficialmente, o anticatólicas o ateas.

Es, pues, el momento en que las fuerzas enemigas se recogen y, dirigidas y unificadas por las sociedades secretas que tanta pujanza alcanzaron en el siglo XVIII, se disponen a dar el gran asalto a la Iglesia Católica.



poder real; y, más tarde, se harán galicanos. El programa es éste: los nobles contra el Rey y, más adelante, el Rey contra el Papa.

Por otra parte, existe un fenómeno que hasta entonces no se había dado: la impiedad. El ateísmo abierto, descarado, del que se hace gala en público, en salones, conferencias y publicaciones; que atrae, que se pone de moda, especialmente en la alta sociedad, y que, en el siglo siguiente, llegará a lo más íntimo del pueblo. Iniciado teóricamente en Inglaterra, se popularizará en Francia. «Aunque soy un pobre diablo, Monseñor, no tengo más religión que otro cualquiera», dirá un peluquero a su señor, Duque y Par de Francia.

La masonería y las sociedades secretas, bien organizadas y poderosas, salen a la luz, hacen prosélitos, se preparan para la lucha furiosa que han de sostener en el siglo siguiente: el de Voltaire y los enciclopedistas de Rousseau y de la Revolución francesa.

1672-1688. Jesucristo, en este intervalo, da a la sociedad, por medio de Santa Margarita, un arma para defenderse y para pasar al ataque en el gran combate que se avecina.

El corto período de 1672 a 1688 es, ciertamente, uno de los decisivos en la historia universal; y tanto es así, que el inmortal León XIII, en su encíclica «Annum Sacrum», no vacila en escribir: «Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, era oprimida por el yugo de los Césares, la Cruz, vista en la altura, fué a un joven emperador signo y causa, a un mismo tiempo, de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Ved otro signo que se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo, a saber: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la Cruz sobrepuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido fulgor. En Él han de colocarse todas las esperanzas; en Él hay que buscar, de Él hay que esperar la salvación de los hombres.»

DOMINGO SANMARTÍ FONT.

MAIESTAS DOMINI

Icona representando la Majestad de Dios Hijo, que se conserva en la Iglesia románica de Baget (Gerona). Siglo XII



Una profecía social:

"REINARE A PESAR DE MIS ENEMIGOS"

Al exponer, en el primer número de nuestra revista, el ideal de la Cristiandad, escribía Pedro Basil Sanmartí, que la suprema promesa en que se basa nuestra esperanza se encierra en la frase: «Reinaré, a pesar de mis enemigos»; y añadía: «He ahí el Ideal de la Cristiandad, que es mucho más que un hecho histórico: es un Ideal histórico.»

Aprovechemos la oportunidad de este mes de junio para comentar dicha promesa, sin salir, no obstante, del único terreno en que me es dado considerarla, esto es, haciéndome eco de las voces autorizadas de la Iglesia y añadiendo los comentarios que ellas han hecho brotar en nuestras tertulias.

La devoción al Sagrado Corazón se caracteriza por una serie de promesas vinculadas a la misma y que nos fueron transmitidas por Santa Margarita María, junto con las Revelaciones. Este aspecto nos la hace en particular atrayente en nuestros días de *anemia espiritual*, y nos muestra la magnanimidad de la divina misericordia, así como su admirable adecuación a las necesidades de cada época.

Pero si las promesas nos alientan en el aspecto individual de tal devoción, ¿qué será en el aspecto social de la misma?

CRISTIANDAD viene insistiendo, precisamente, en este aspecto social, por varias razones: por ser el menos divulgado y, por tanto, apreciado, de los eficaces recursos que la Revelación del Sagrado Corazón nos proporciona; por la trascendencia que, una vez aceptado, ha de tener en nuestros tiempos de cataclismo social, y por ser el más adecuado al fin de nuestra Revista.

Sea dicho, de una vez para siempre, que, al referirnos a estas Revelaciones, las tomamos con el carácter que tienen en la Iglesia: como Revelaciones privadas, cuya autenticidad la Iglesia no define, pero incorporadas al sentir unánime de la misma con una fuerza tal, que debería tenerse, no ciertamente por hereje, pero sí, al menos, por persona muy temeraria, a quien las pusiera en duda.

La Revelación del Sagrado Corazón a Sta. Margarita

Al glosar la primera carta Encíclica de S. S. Pío XII, hicimos patente la autoridad que nuestro Pontífice daba al aspecto social de que tratamos, cuando escribía:

«Aquella consagración universal a Cristo Rey se manifiesta cada vez más a Nuestro Espíritu..., al mismo tiempo, en la previsoría sabiduría que mira a curar y ennoblecer *toda humana sociedad* y promover el verdadero bien.»

También en aquel lugar relacionábamos esta frase con la que escribió S. S. León XIII en la Carta «Annum Sacrum»:

«Consagrándonos a Él (al Sagrado Corazón de Jesús), reconocemos y recibimos, sinceros y gustosos, *su imperio...*»

Esta íntima relación entre la Realeza de Cristo y nuestra Consagración a su Sagrado Corazón, es considerada y reconocida constante y unánimemente por nuestros Pontífices, y, Dios mediante, tendremos ocasión de verlo con más detalle al estudiar las gloriosas figuras de León XIII, Pío X y Pío XI. Veremos, entonces, además, cómo refieren esta unidad entre la idea del reinado

de Jesucristo (aspecto social de que hablábamos) y las consagraciones al Corazón de Jesús, a las Revelaciones de Paray-le-Monial.

No desplacerá, seguramente, al lector que comprobemos esta relación. Para ello véase cómo refiere Santa Margarita la segunda de las grandes Revelaciones que tuvo, hecho que debió ocurrir en un primer viernes de mes del año 1674. El estilo que emplea es difícil y lleno de incisos, como corresponde a la majestad del tema. Nos limitaremos, no obstante, a transcribir una traducción lo más literal posible, para no desfigurar el sentido:

«Este divino Corazón me fué presentado en un trono de llamas, más reluciente que un sol y transparente como el cristal; con esta llaga adorable, y rodeado de una corona de espinas que significaban las heridas que le producen nuestros pecados, y una cruz encima para representar que desde los primeros instantes de su Encarnación, es decir, desde que fué formado este Sagrado Corazón, la Cruz que en El plantada, y fué lleno desde los primeros instantes de todas las amarguras que debían causarle las humillaciones, pobreza, dolor y menosprecio que su Humanidad sagrada debía sufrir durante todo el curso de su vida y en su santa Pasión. Y me hizo comprender que el ardiente deseo que sentía de ser amado de los hombres y de apartarles del camino de perdición donde Satanás les lleva como rebaño, le había hecho formar este designio de manifestar su Corazón a los hombres con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracias, de santificación y de salud que contenía, con el fin de que a cuantos quisieran rendirle y procurarle todo el amor, honor y gloria que esté en su mano, les enriqueciese con abundancia y profusión de estos divinos tesoros del Corazón de Dios, de los que era la fuente...»

Y, más adelante:

«(Me hizo comprender) que esta devoción era como un último esfuerzo de su amor, que *quería favorecer a los hombres en estos últimos siglos con una tal redención amorosa, para apartarles del imperio de Satanás, al que pretendió arruinar para ponernos bajo la dulce libertad del imperio de su amor, el que quería restablecer en el corazón de cuantos quisieran abrazar esta devoción*» (1).

Por si nos quedara alguna duda sobre las intenciones del Sagrado Corazón en esta su manifestación, en una carta de Santa Margarita, escrita en 1690, hallamos las siguientes aclaraciones:

«Reinará por fin el divino Corazón, a pesar de los que a ello querrán oponerse. Satanás quedará confuso con todos sus partidarios. ¡Dichosos aquellos de quienes será servido para establecer su imperio! Parece que El es semejante a un rey que no piensa en dar sus recompensas mientras va haciendo sus conquistas y triunfando de sus enemigos, pero sí cuando reine victorioso en su trono.

(1) - «Histoire de la Devotion au Sacré-Cœur de Jésus. Vie de la Bienheureuse Marguerite-Marie». - A. Hamon.

»El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones y destruir y arruinar el de Satanás» (1).

En este último párrafo podemos ver resumida la gran promesa social. En efecto, destruir y arruinar el imperio de Satanás no puede significar, solamente, el triunfo de la Gracia en el corazón de los individuos como tales, cosa que siempre ha ocurrido en la Iglesia. Su significación debe buscarse en el triunfo que ha de traer necesariamente consigo la aceptación, por los individuos, de esta soberanía y que debe llegar hasta la total reducción de esa peculiar rebeldía moderna de la sociedad, cuyo fondo es la impiedad y que, bajo la denominación genérica de Revolución, presenta la particularidad, desconocida hasta los tiempos modernos, de la apostasia social. Queda, pues, justificada la necesidad que tiene la Iglesia de una protección especial, en estos «últimos tiempos», contra la revolución satánica extendida a todo el mundo, y queda también patente la táctica del Sagrado Corazón al preparar a su Iglesia no tan sólo para una defensiva en repliegue — máxima esperanza del liberalismo infiltrado entre los cristianos —, sino, audazmente, para una ofensiva que destruya el imperio de Satanás y establezca en su lugar la dulce libertad de otro imperio: el del divino amor. Y esto, sin otra limitación que la prudente y confiada observación que añade Santa Margarita:

«Es ésta una devoción que no quiere ser forzada ni violentada. Basta darla a conocer y después dejar al divino Corazón el cuidado de penetrar los corazones que Él mismo ha destinado para Sí con la unción de su gracia. ¡Felices los que serán de este número!»

Esta esperanza en el reinado del Corazón de Jesús, que llena los escritos de Santa Margarita, no es sólo un deseo de la Santa, fundado en una promesa condicionada del Salvador que quiera reinar, supuesta tal o cual condición, en cuyo caso, nuestra falta de confianza, de debilidad o pesimismo podrían sugerirnos la idea de si nunca tales condiciones previas llegarán a realizarse en la afligida Humanidad. No; la esperanza de Santa Margarita es absoluta. En 1689 escribe a su director espiritual, el Padre Croiset:

«Yo creo que se cumplirán aquellas palabras que hacía oír de continuo al oído del corazón de su indigna esclava, entre las dificultades y oposiciones que fueron grandes en los principios de esta devoción: «¡Reinaré, a pesar de mis enemigos y de todos aquellos que se opondrán a ello!» (2).

En otra ocasión, escribiendo también al Padre Croiset, insiste:

«Él me fortificaba con estas palabras, que oía yo en lo más íntimo de mi corazón con un regocijo inconcebible: «¡Reinaré, a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello querrán oponerse!» (3).

La promesa adquiere, pues, el carácter de profecía, y eco de esta profecía son las palabras de consuelo con que, en repetidas ocasiones, los Romanos Pontífices de nuestros tiempos alientan al mundo, abocado a terribles calamidades y sumergido en tinieblas de pesimismo. Tales las de S.S. León XIII, en la encíclica «Annum Sacrum»:

«Entonces, por fin, podrán sanarse tantas

(1)-«Vie et œuvres de St. Marguerite Marie Alacoque». - Mons Gauthey, T. II.

(2)-«Je régnerai, malgré mes ennemis et tous ceux qui s'y opposeront!».

(3)-«Je régnerai, malgré mes ennemis et tous ceux qui se voudront opposer!».

«Vie et œuvres de Sainte Marguerite Marie Alacoque», par Mons. Gauthey. Paris, Poussielgue 1926. Tom. II.

heridas; entonces, todo derecho recobrará su vigor antiguo en provecho de la autoridad, y se restituirán los bienes y el ornato de la paz, caerán las espadas, y las armas se escurrirán de las manos cuando todos acepten de buen grado la Soberanía de Cristo y a Él obedezcan, y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la Gloria de Dios Padre.»

El Imperio de Dios y de Satanás

Posteriormente a Santa Margarita, la Revolución francesa, episodio el más culminante, hasta aquella fecha, en esta rebeldía social, vino a proyectar una nueva, aunque trágica luz, en esta lucha entre los dos Imperios de que nos hablaba Santa Margarita: el imperio de Dios y el de Satanás.

En el siglo pasado, Ramière, cuyas iniciativas y actuación tan decisivas fueron en este resurgimiento y propagación de la devoción al Divino Corazón, y cuya figura presentamos a nuestros lectores en el número anterior de CRISTIANDAD, concreta admirablemente la cuestión, al escribir:

«En una palabra: la Revolución es la repudiación completa de Jesucristo, la completa separación entre la humanidad y su divino Jefe, la rebelión declarada del mundo contra el Cielo. La devoción al Corazón de Jesús es la unión perfecta de los hombres con el Dios-Hombre, el vínculo más estrecho que pueda ligar el mundo al Cielo, los miembros a su Jefe, las almas y las sociedades a su único Salvador. Ella es, en consecuencia, bajo todas sus formas, el supremo antídoto contra la peste revolucionaria, el remedio más eficaz para los males de las sociedades modernas, la salud del mundo y la promesa del triunfo de la Iglesia» (4).

Con su acostumbrada actividad, uniendo la acción a la idea, emprendió Ramière la magna obra de la difusión, no sólo de las consagraciones individuales al Sagrado Corazón, como venía practicándose, sino también de las consagraciones familiares y sociales, y las de las ciudades y naciones; y, por último, a través de la organización del Apostolado de la Oración, ya extendida a todo el mundo, y de la que era Director, impetra del Soberano Pontífice, Pío IX, la consagración universal. No accede éste, de momento, mas al crecer en la Iglesia tal deseo, y después de larga reflexión, en junio de 1875 — segundo centenario de la revelación principal de Paray — invitará a los Obispos de todo el mundo a que consagren sus respectivas diócesis al divino Corazón. Pues bien: una idea de cómo el Papa apoyó el sentir del P. Ramière en esta cuestión, nos la dará el saber que encomendó al mismo el cuidado de escribir a todos los Obispos del orbe para comunicarles tal decisión, y que la fórmula elegida para esta consagración fué redactada también por Ramière.

Desde entonces, como hemos dicho al principio, la Consagración al Sagrado Corazón y el Reinado Social de Jesucristo son dos ideas que todos los Pontífices que se han sucedido en el gobierno de la Iglesia han presentado como íntimamente asociadas, y será interesante hacer un día un estudio comparado de las fórmulas de consagración que han utilizado en sus Encíclicas, para ver los puntos de contacto con la primera consagración colectiva de la Iglesia, de la que hemos dicho fué instrumento el P. Ramière y que deriva, como de su fuente natural, de las revelaciones de Paray.

JOSÉ M.^a MINOVES FUSTÉ.

(4)-«Le Règne Social du Cœur de Jésus».

Momentos de una Lucha

En los turbulentísimos tiempos de nuestra edad, **serpeando aquella herejía jansenista**, la más astuta de todas, enemiga del amor a Dios y de la piedad, que predicaba que no tanto ha de amarse a Dios como Padre, cuanto temérsele como implacable juez, el benignísimo Jesús mostró su Corazón como bandera de paz y caridad desplegada sobre las gentes, **“asegurando victoria en el combate.”**

(Pío XI, “Miserentissimus”)

Primer momento: 1567

El nombre y las disputas del teólogo Michel du Bay (conocido por Bayo, en España) llenan por sí solos la historia de la Universidad de Lovaina en la segunda mitad del siglo dieciséis. El hombre había disfrutado de las mayores dignidades; sus disputas entrañan los mayores riesgos. Ya se lo advierten con alarma sus mismos compañeros de claustro: «Vemos bien y nos damos cuenta del peligro que se sigue, para nuestra Universidad y para la Iglesia, de vuestra obstinación... *se puede temer que estas controversias, iniciadas por vos, terminen, gracias a vuestros discípulos, en un cisma o en la herejía.*»

Alarma justificada, porque Bayo, personalmente católico, está poniendo en circulación una doctrina que no es otra cosa, en realidad, que una forma mitigada de calvinismo.

Alarma justificada — repetimos — que los hechos vinieron a confirmar, por cuanto una agotadora lucha intestina se seguirá, en el seno de la Iglesia, de su actitud.

El debate provocado por Bayo gira en torno a la cuestión, fundamental entre todas, de las relaciones entre el orden natural y el orden de la gracia; en otras palabras, del recto concepto de la vida sobrenatural.

Su punto de vista ha sido resumido así:

Un optimismo radical respecto al estado del hombre antes del primer pecado (*), considerando que, no sólo los dones de «integridad» (o exención de concupiscencia), de «impasibilidad» (o exención de dolor) y de «inmortalidad» eran debidos a su naturaleza, sino que era una exigencia de la misma su elevación al orden sobrenatural propiamente dicho. «La elevación de la naturaleza humana y su exaltación a la participación de la naturaleza divina eran debidas a la integridad del primer estado, y por lo mismo, hay que llamarlas naturales, no sobrenaturales.» (**).

Esta concepción iba acompañada de una contrapartida igualmente extrema: *un pesimismo radical respecto al estado actual del hombre, después de su caída*. Así se explican afirmaciones como ésta: «Todas las obras de los infieles son pecado; todas las virtudes de los filósofos son vicios.» «El libre albedrío, sin la ayuda de la gracia, no tiene fuerzas más que para pecar.» «No hay bien natural alguno en el hombre.» «El hombre peca, y merece la condenación por actos que no puede dejar de realizar.» (**).

San Pío V debe intervenir. En su bula «*Ex omnibus afflictionibus*», de 1567, condena 79 proposiciones defendidas explícita o implícitamente por Bayo o sus discípulos.

(*) Denz. 1023. etc.

(**) Denz. 1021.

(***) Cfr. Denz. 1025, 1037, 1067. Vd. F. X. Jansen, S. J. “*Baius et le Baianisme*”. Lovaina, 1927.

Inaugura entonces Bayo una táctica escurridiza, que caracterizará en adelante la corriente que estamos estudiando, y que pretende que el Pontífice ha estado mal informado, que la condenación le ha sido arrancada subrepticamente.

Un segundo momento: 1653

No podrá hacerse esta acusación — de estar mal informado — a Inocencio X, cuando en el siglo siguiente, debe publicar la bula «*Cum occasione*». Inocencio X hizo estudiar la cuestión debatida por una comisión de cardenales, que trabajó durante dos años, celebrando cincuenta asambleas, de las que diez fueron presididas por el mismo Papa, y escuchado ampliamente a representantes de una y otra parte.

Su sentencia, con todo, será condenatoria.

Los hombres con cuya doctrina se enfrenta son enormemente célebres en la Historia de la Iglesia: Jansenio, Saint-Cyran, Arnault. El primero de ellos, muerto unos veinte años antes en la Sede episcopal de Ypres, legó al partido su nombre: «jansenismo». Cinco proposiciones, desde entonces famosas, expresan el meollo de su doctrina; pueden transcribirse así:

1. *Ciertos preceptos de Dios son imposibles a los justos, a pesar de su buena voluntad y esfuerzo con las fuerzas de que en aquel momento disponen, y la gracia que lo haría posible, les falta.*

2. *En el estado actual del hombre, nunca puede resistirse a la gracia interior.*

3. *En el estado actual del hombre, el mérito o el demérito no requieren la libertad de albedrío.*

4. *Es verdad que los semipelagianos admitían la necesidad de una gracia interior preveniente para cada acto..., pero eran heréticos al afirmar que esta gracia es de tal naturaleza, que depende de la voluntad humana resistirla u obedecerla.*

5. *Es semipelagiano afirmar que Cristo ha muerto por todos los hombres y que ha derramado su sangre por todos.*

* * *

Ante la condenación, de nuevo aparece la táctica del subterfugio. ¿Cuál va a ser el adoptado ahora? Este: que si las cinco proposiciones son reprobables, por lo menos cuatro de ellas no se encuentran *literalmente* en Jansenio. «Basta tener ojos para decidir la querrela», exclaman, riendo. Es la célebre distinción que pretende negar al Papa autoridad para determinar si una doctrina verdadera o falsa se encuentra, *de hecho*, en la obra de un autor.

* * *

Las consecuencias que se siguen de los principios jansenistas son funestas.

«Esta doctrina de predestinación caprichosa, acarrea, como consecuencia práctica, la desesperación o el libertinaje, o los dos a la vez. Un autor de la época lo explica en una forma amena, que no quita nada a la seriedad del raciocinio. En su «Relación del País de Jansenia» (compuesta en forma de parodia de las novelas entonces de moda), sitúa el país de Jansenia en los confines de la Calvinia, de la Desesperia y de la Libertinia, para significar, por medio del vecindaje de estos países fantásticos, el enlace de doctrinas igualmente anticristianas.

La secta que destruye la libertad, que quiere que los mandamientos sean imposibles, conduce ciertamente al Calvinismo, que no otra cosa enseña. La opinión de que la gracia nos impele a obrar necesariamente el bien, hágase lo que se quiera, conduce al libertinaje. La doctrina que enseña que Jesucristo no ha muerto por todos los hombres y que su gracia es rehusada a muchos, causa la desesperación. ¡De qué va a servir, en efecto, esperar en Dios y en su Misericordia, si el juicio pronunciado por adelantado es inflexible!» (*).

El jansenismo, es verdad, cree en los sacramentos; pero, por una consecuencia necesaria de la inutilidad de las obras y una reverencia farisaica, aleja al hombre de recibirlos. Con «la introducción y difusión de este error llegó a temerse que, apartados los hombres del amor y trato con Dios, se secaran en cierto modo las fuentes de la vida cristiana» (**). A esto viene a unirse una moral de un rigor inhumano, que gusta revestirse de aquellas formas austeras que el vulgo toma fácilmente como distintivo de la santidad.

Un tercer momento. 1713

Varias intervenciones de los Romanos Pontífices habían mediado entre las dos que hemos referido de San Pío V y de Inocencio X; varias siguieron, todavía, a esta última. Pero dejémoslas pasar, en atención a la brevedad, y registremos tan sólo la que tiene lugar en 1713.

Un nuevo Pontífice, Clemente XI, está hablando, cada vez más claro; un nuevo hereje, Quesnel, se le opone, cada vez más vil.

Esta nueva intervención pontificia produce literalmente una polvareda (**): se trata, en efecto, de la bula «*Unigenitus*». Por ella condena 101 proposiciones de Quesnel, cuya sola lectura estremece. Y, sin embargo, el partido jansenista (reavivado después del período de sumisión aparente que siguió a la llamada «paz clementina»), pretendía presentarlas como el genuino espíritu de la Iglesia. El Papa, al condenarlas, se desviaba de la Iglesia primitiva.

Las viejas tesis; los viejos métodos. Y el jansenismo es cada vez más sectario, rebelde y subversivo.

Un cuarto momento. 1794

Últimas resistencias. Última baja. El Papa que debe intervenir ahora es Pío VI, en plena Revolución Francesa. El jansenismo había dado, como uno de sus frutos, la constitución civil del clero. Pero la ocasión de la constitución «*Auctorem fidei*», de 1794, la da el Sínodo jansenista de Pistoya.

Un prelado florentino, Escipión de Ricci, lo ha convocado y presidido. Y la cuestión toma, en sus manos, un giro nuevo.

(*) Gaillardin, Hist. du Reg. de Louis XIV. T. 2.º

(**) Encicl. «*Miserentissimus*».

(***) Cfr. CRISTIANDAD, n.º 4, pág. 81, «*El Syllabus*», parr. 2.º

No se discute directamente, en efecto, el problema de la gracia y la libertad, sino uno aparentemente muy distinto: la devoción al Corazón de Cristo (*).

¿Qué tiene que ver el jansenismo con ella?

Este último paso nos lleva, sin embargo, al fondo del problema.

* * *

Dos palabras bastan para expresar la condición del cristiano: su alma participa de una *vida sobrenatural*.

¿Qué significa la palabra «vida»? ¿Qué queremos decir, al afirmar que un ser es viviente? Queremos decir que tiene en sí mismo el principio de sus actos.

Y cual es el ser, tal es su vida.

Ahora bien: lo característico del obrar propiamente humano no es otra cosa que la libertad, es decir, la propiedad que tiene de determinarse por sí mismo a obrar; de ser principio de sus actos, prescribiéndose a sí mismo un fin.

El jansenismo, suprimiendo la libertad del hombre, hace que su vida sobrenatural no sea propiamente vida; es algo externo, sobreañadido al alma, sin raíz alguna en ella.

Y no sólo esto, sino que destruye, al mismo tiempo, su sobrenaturalidad.

En efecto: ¿qué significa «sobrenatural»? Significa algo que pertenece a la vida íntima de Dios, algo que es superior a la naturaleza, deseos, fuerzas, exigencias, no sólo del hombre, sino de cualquier criatura posible.

La doctrina jansenista, defendiendo en pos de Bayo que la gracia era *debida* al hombre, hace, por lo mismo, que su vida sobrenatural no merezca propiamente este nombre.

Ahora bien: las revelaciones de Paray tenían, como uno de sus principales fines, la *restauración, en las sociedades modernas, de la verdadera vida sobrenatural* (**): «Entre todos los testimonios de la infinita benignidad de Nuestro Redentor, resplandece singularmente el de que, cuando la caridad de los fieles se iba entibiando, la misma caridad de Dios se presentó para ser honrada con culto especial y se abrieron del todo los tesoros de su bondad por aquella forma de devoción con que damos culto el Sagrado Corazón de Jesús, «en quien están escondidos todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia.»

La antítesis es básica y clara. El enemigo ataca a fondo, usando para ello de todas las armas. La devoción al Corazón de Cristo, llega a decir Ricci, entraña peligro de idolatría:

«Al practicarla, corréis el peligro de caer en el error de la mayoría de los "Cordícolas", que, por malicia o ignorancia, abusan de la autorización que han arrancado a la Santa Sede y adoran lo que no conocen o lo que no deben adorar...» (**).

«Adoran lo que no conocen.» Estas palabras podrían ponerse, tal vez, como símbolo de este debate. Frente a la corrupción de unos y a la dureza de otros, una corriente de espiritualidad atraviesa la Iglesia moderna, hasta arrastrarla toda entera con los Romanos Pontífices a la cabeza.

«¿Adoran lo que no conocen?» Al contrario. Ya que la devoción al Corazón de Cristo, que, al más austero espíritu de sacrificio, junta la suavidad que el amor pone en todo lo que toca, no es otra cosa que una resonancia de aquella frase de San Juan: «*Hemos conocido el Amor que Dios tiene por nosotros y hemos creído en El*».

JAIME BOFILL

(*) Vd. Hamon. Hist. de la Dev. au Sacré Coeur.

(**) Pío XI «*Miserentissimus*».

(***) Hamon. Hist. de la dev. au Sacré Coeur.

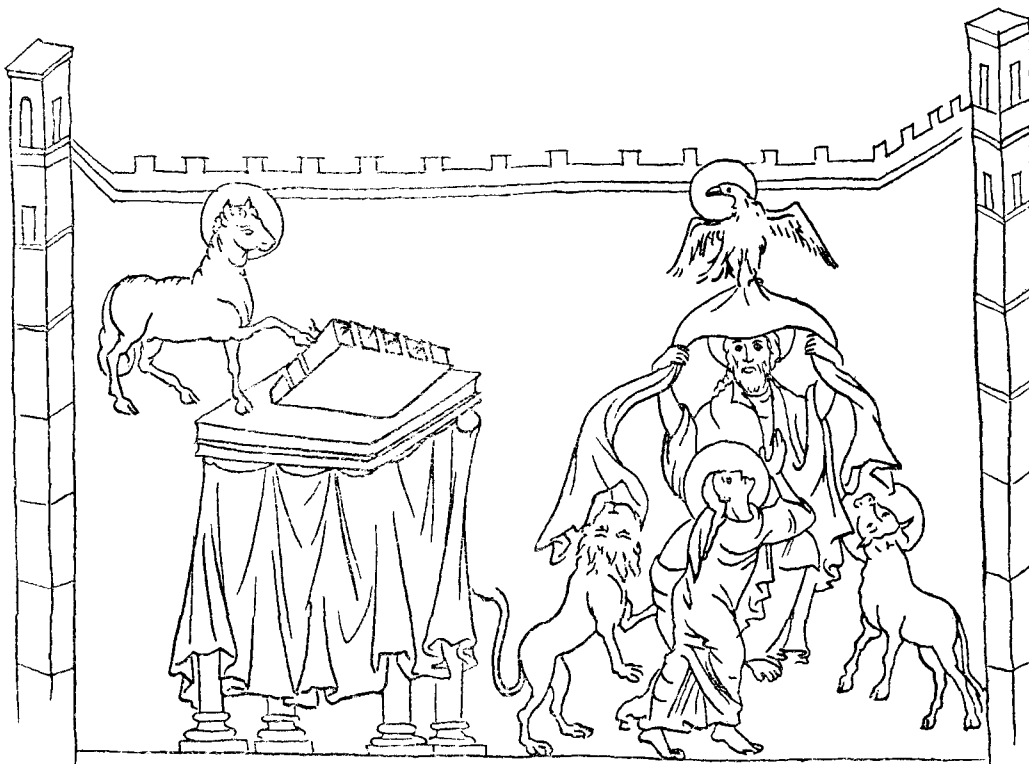
¡¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!!

"I vi una mujer sentada sobre una bestia roja, llena de nombres de blasfemia" (Apocalipsis, XVII, 3)

Marat está en el apogeo de su gloria. Vió desde el primer momento cuán lejos iría la Revolución, y se ha colocado a su vanguardia. Las enfermedades se ceban en su cuerpo, pero mantiene viva la llama de su odio, caldeado por el espíritu de la Revolución. Quiere derribar todo lo noble, lo grande y lo bello que ha producido la civilización europea. Sus palabras, restallantes como latigazos, arrinconan todos los convencionalismos. Encarna el espíritu genuino de la Revolución y tiene conciencia de su fuerza. Con lógica aplastante, acorralla a los que, con más o menos buena fe, pretenden que la Revolución sea un movimiento noble y la reivindicación del pueblo oprimido, que se ampara en un ideal de justicia.

pueblo le adora, le cree como a un oráculo y le hace árbitro de sus destinos. Este es su escabel para erigirse en dictador y colmar la suprema ambición de su soberbia.

Ya ha dividido a la sociedad en dos partes: una, que sigue su locura sanguinaria y proclama la legitimidad del asesinato, la mutilación y la antropofagia; y otra, aturdida por el terror, que presta su pasiva colaboración a los más bárbaros desmanes. Atreverse a formular la más mínima protesta, expone a la calificación de aristócrata, y esto equivale a ser llevado a la guillotina.



JESUCRISTO PROFETA
Fragmento de la Biblia de San Pablo Extramuros

Sabe que esta Revolución no puede estar representada por un Mirabeau, que desvirtúa su verdadero sentido, imposibilitando su fin. Le necesita a él, a un Marat identificado con la fuerza motriz que la impulsa y la hace efectiva por el único medio práctico: las pasiones desbordadas, que dan vía libre a la bestialidad del hombre y son el pretexto para implantar el régimen despótico, que impondrá la nueva estructura social.

Él no tiene que esforzarse; le basta seguir su instinto. Desde la tribuna y desde su periódico *L'Ami du Peuple*, sugestión a las masas y les comunica el odio sanguinario de que rebosa su alma. Las lleva a una excitación tan extremada, que demuestran una salvaje alegría en las ejecuciones y gustan de embriagarse en su locura homicida, como gustan las fieras de la carne cruda.

Esta locura va cada vez en aumento. Pide tener a su disposición trescientos jóvenes, para decirles: «Mataad a éste o al otro». Primero, sólo quería sacrificar 500 personas; luego, 5.000; después, 260.000; ahora, 500.000, y cuando tenga éstas, pedirá millones. Ya se habla de una guillotina gigantesca que corta treinta cabezas a la vez.

Presenta todos los síntomas de la demencia, pero el

Así están las cosas en julio de 1793, cuando en una silla de posta, llega a París Carlota Corday, decidida a matar a Marat. No se trata de una improvisación. No han sido sólo los discursos que los girondinos fugitivos han pronunciado en Caen, los que la impulsan. Está convencida de que nadie tiene la vida segura mientras viva Marat, cuyo solo nombre expresa ya todos los crímenes. Por lo tanto, ha meditado su propósito. Encuentra fuerzas en el sentimiento de abnegación patriótica. Su fina mano de mujer abate al ídolo sanguinario, que pide cada vez más sacrificios humanos. Con toda serenidad previene las consecuencias personales de su acto. Sabe que le espera la guillotina, si antes no es despedazada por el pueblo. No le arredra el pánico colectivo que inspira Marat a sus contrarios, ni la venganza de sus secuaces.

Compra un puñal y lo esconde bajo su pañuelo. Como Marat está enfermo (además de las enfermedades producidas por su vida liviana, le ha acometido un hormigueo herpético que le obliga a permanecer continuamente en el baño), se vale del subterfugio de unas cartas para ser recibida por él. Tiene que vencer la instintiva repugnancia que le causa verlo en una bañera, con el pecho y los brazos desnudos y el cuerpo cubierto con un trapo sucio.

Se entabla el diálogo. Marat pide noticias y nombres de los girondinos de Caen; se ve que no espera más que delaciones. Carlota se explica. Marat le declara que todos aquellos a quienes ha nombrado serán guillotinado en París, antes de quince días. Esto decide a Carlota. Clava su puñal en aquel cuerpo asqueroso y medio podrido, y así muere el hombre que había hecho del asesinato el sistema de su gobierno y la base de su política.

La noticia de su muerte corre rápidamente por París. Los más allegados ven aún el cadáver en la bañera y oyen el interrogatorio que allí mismo se hace a Carlota,

que declara desde el primer momento que ha venido expresamente de Caen para matarle.

El pueblo abarrota las calles. Pasean el cadáver, durante seis horas, por París. Sus prendas personales se conservan como reliquias. En la plaza del Carrousel se levanta una pirámide con su bañera, su lámpara y su tintero, y se ponen guardias de día y de noche para custodiarla.

A su muerte inesperada, se desatan en la chusma todos los aspectos de la locura. El entierro es una escena viva de demencia fantástica. Los hombres gimen y vociferan y le dirigen palabras tiernas, como si aún pudiera oírles. Las furias de la guillotina braman y lloran. Las doncellas esparcen flores sobre el cadáver. Los oradores agotan todos los tópicos sentimentales y morbosos de la demagogía revolucionaria. Vibra el sedimento religioso, que es absorbido inmediatamente por el espíritu de la Revolución. Deifican a Marat. Adoran sus heridas y su corazón, que exponen al culto en una de las más bellas urnas del tesoro de la Corona. Visitan su tumba en romería. Como ya hace tiempo que las estridencias revolucionarias han substituído a la costumbre de rezar, rugen, más bien que invocan: «¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!» «¡Santísimo Corazón de Jesús, santísimo corazón de Marat!». Se hacen impresos con estas oraciones. La solemne oración lúnebre resume este sentir: pide el mismo culto para el corazón de Marat que para el Corazón de Jesús, y ya reclama preferencia, alegando que «Jesús era un profeta; Marat, ¡un dios!».

* * *

¿Por qué asociación de ideas se llegó a la expresión espontánea que establecía paralelo entre el Corazón de Jesús y el corazón de Marat, y aun se llegó a la conclusión que relegaba a Jesús a la calidad de profeta, mientras elevaba a Marat a la dignidad de dios?

Jesús era manso. Marat era un tigre sanguinario y feroz.

Marat quería exterminar a sus enemigos y aconsejaba llevar siempre un puñal para matar a los sospechosos. Jesús dijo: «Perdonad a vuestros enemigos, haced bien a los que os persiguen y os calumnian».

Marat era rebelde por naturaleza y por convicción. Jesús fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Marat buscaba la salud de Francia, matando a sus contrarios. Jesús buscaba la salvación del mundo, muriendo por todos.

Marat predicaba el odio. Jesús impuso, como precepto, el amor.

* * *

La antítesis de estas doctrinas, en las que podrían señalarse mil contrastes más, hace pensar, a primera vista, que el poner en pie de igualdad el Corazón de Jesús con el corazón de Marat, es tan sólo una repugnante blasfemia. Así es, en efecto, y la más impía de las blasfemias, pero que encierra un plan de aplicación práctica que tiene como fin, no juntar por aberración inconsciente estos dos cultos, sino substituir el uno por el otro; el espíritu del Corazón de Jesús, por el espíritu de la Revolución, simbolizado por el corazón de Marat.

La Revolución de 1789 tiene un carácter distinto de las revoluciones anteriores, aunque ha dado la directriz para todas las que la han seguido. Declara la guerra, y es el primer grito de reto lanzado por el infierno contra la promesa del Corazón de Jesús, de reinar en el mundo por amor.

Las revoluciones anteriores sacudían las instituciones sociales y provocaban cambios de gobiernos y dinastías, pero respetaban los principios incommovibles en que descansaba la sociedad. Ésta, toma como pretexto abusos ciertos y evidentes, pero dirige sus golpes — unas veces directos y otras solapados — a socavar la base divina que apoyaba, hacía dieciocho siglos, a las sociedades cristianas, que reconocían y usaban el poder como dimanante del mismo Dios.

Dios promete que reinará de un modo más eficaz por medio de su Corazón, y esta Revolución responde señalando, como fin primero y principal, el derrocar este reconocimiento de los derechos divinos, poniendo en su

lugar los derechos del hombre que proscriben la autoridad de Dios, dejándola al margen del poder social, que no reconoce más sanción que la del hombre mismo.

Marat captó en su verdadero sentido y en toda su amplitud este espíritu de la Revolución; la fracción numerosísima del pueblo que le seguía era el brazo ejecutor de este espíritu, y completándose y apoyándose mutuamente, iban rectilíneos al fin propuesto, saltando todas las barreras sin considerar un obstáculo el valerse de la mentira, la calumnia y el crimen.

Marat, personalmente, no tenía ningún atractivo. Era un ser absurdo, medio loco, repugnante; su cuerpo era deforme; su suciedad, notable; su grosería, extremada; su voz, chillona; su talento, mediano. La manía de la destrucción y el homicidio le dominaba. Sus correligionarios no vacilan en manifestar la repugnancia que les inspira, y le llaman orangután, loco, canalla, monstruo que afrenta a la Humanidad.

Por lo tanto, el secreto de su triunfo no está en sus cualidades personales, sino EN QUE SABIA LO QUE QUERIA.

Esta clarividencia sobre el fin propuesto le daba el dominio de la situación, y mientras los demás divagaban, pretendiendo dar formas legales a la estructura de la nueva sociedad que se forjaba al margen de Dios, sus réplicas certeras, sus planes atrevidos, sus proposiciones contundentes mostraban las cuestiones en toda su crudeza y exigían la rápida y descarnada aplicación del código revolucionario; imponía su criterio y lograba que las resoluciones derivaran siempre a favor de sus ideas.

Por otra parte, el pueblo aceptaba indiscutiblemente todas sus audacias y le prestaba toda su fuerza, tanto más arrolladora cuanto más ciega. Cuando las Asambleas o la Convención se le oponían por sus desvarios, era el pueblo, con sus gritos, el que imponía su voluntad; si le procesaban, le arrancaba de las manos de los jueces y le paseaba triunfante, y cuanto más adelante iba en su camino, más le amaba y más se sentía amado por él.

Por eso, el día de su muerte se sintió huérfano y mostró su duelo con aullidos de dolor. Adoró su corazón porque en él se sentían, más que en ningún otro, los latidos que indicaban la vida de la Revolución. Elevándole a lo más alto, le equiparó al Corazón de Jesús, pero ya aceptó y aplaudió la voz sacrilega que le erigía como dios, mientras dejaba a Jesús en segundo término, como profeta, dispuesto a relegarlo al olvido.

* * *

Parece una pesadilla, pero si estas manifestaciones blasfemas, morbosas y repugnantes no llegan habitualmente a nuestros oídos, no puede decirse que no estén entre nosotros, pues la Revolución mantiene en pie todos sus principios y sigue viva y palpitando, del mismo modo que palpitaba en el corazón de Marat. Se acomoda a las circunstancias, pero no cede. Sus concesiones, su tolerancia y su indiferencia en cuestiones religiosas, no son más que retiradas estratégicas a posiciones seguras para atacar mejor, y acechar el momento oportuno para lanzarse eficazmente, tomando forma, o en el fantasma terrorífico y sangriento, aunque ya no lejano, del comunismo, o conviviendo entre nosotros, en las trincheras de avanzada — hábilmente *camufladas* — del liberalismo.

El dilema es ahora más claro: no hay que pasar por la transición absurda de juntar el Corazón de Jesús con el corazón de Marat. Hemos de decidirnos: o el Corazón de Jesús o el corazón de Marat; ambos, con todas sus consecuencias.

O el Corazón de Jesús en la manifestación maternal de su Iglesia, o el corazón despiadado de la Revolución, simbolizado por Marat o por cualquier otro nombre actual que tenga su espíritu.

Marat, o la Revolución, quiere vengar a la Humanidad, apoyándose en el crimen; quiere la paz, imponiéndola por el terror. Jesús quiere redimir al mundo y salvarlo, apoyándose en el amor de su Corazón; quiere la paz, fundada en la justicia.

Permanecer indiferente ante estos dos caminos, no es vivir; es, simplemente, vegetar. O, mejor dicho, conformarse con vegetar; pero, en realidad, suicidarse.

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ
Licenciada en Historia

El pensamiento católico de Charles Péguy

Los lectores de CRISTIANDAD han visto ya figurar en sus páginas, por obra de V. Cremer Alonso, el nombre de Claudel. La docta pluma del **Rvdo. Esteban Miquela, Pbro.**, nos habla hoy de CHARLES PÉGUY, otra figura de esta moderna intelectualidad francesa, a menudo apartada de la fe, a menudo preocupada por ella, y vuelta alguna vez—como en estos dos gloriosos ejemplos—a esa fe. A pesar de su primera desviación, **«en un momento de pérdida de sensibilidad espiritual como el que se atraviesa»** (nos advierte el Rvdo. Esteban Miquela), **la lección que nos da Péguy es edificante en grado extremo.**

Uno de los hombres que más positivamente han influido en el pensamiento intelectual de Francia, es Péguy. Los intelectuales no tienen ya por qué esconderse, buscar peñas simpatizantes: han encontrado quien ha hecho, con su palabra y su vida, su sincera, veraz y desinteresada defensa.

Péguy es esto: es la defensa del hombre integral, del hombre caído y reparado por Jesucristo. Dios, que es admirable en sus obras, lo ha llevado de la mano prodigiosamente, y ha suscitado en el momento más necesario al que ha sido cantor desinteresado de Santa Juana de Arco, de la caída y reparación del hombre, en *Eve*; cuando toda la intelectualidad francesa se hallaba imbuída y sugestionada por Taine y Renan, y la Sorbona defendía un positivismo más o menos espiritualizado, sale a la palestra este joven, con capacidad de trabajo y sinceridad ilimitadas. Ganas de buscar la verdad y nada más que la verdad, y apasionarse por ella. Lo que sorprende en Péguy es su pensar católico, antes de serlo: *«No te hubiera hallado si no estuvieras dentro de mí»* (San Agustín).

* * *

Péguy nació en Orleans, el 7 de febrero de 1873, de familia humilde, «en esta enorme oscuridad de la raza». Péguy ama lo que avergüenza a los hombres por falta de comprensión de las cosas: el trabajo y la posición humilde. No quiere ser más que un *«árbol en el inmenso bosque, una espiga vulgar en la inmensa cosecha»*. Como Pascal, ha sentido en su alma la grandeza de las cosas diminutas, y ha percibido que el «infinito» de perfección que encierran es mucho más interesante que el de magnitud y grandeza que tanto entusiasmo a los hombres. Por esto ha podido escribir, en *Argent*, cosas magníficas sobre el trabajo y su dignidad. Nos habla, impresionado por la forma en que ha visto trabajar a su abuela (en la pequeña industria familiar de sillería) con un espíritu digno de la gran tradición medieval de trabajo: *«Trabajar era su alegría y la razón profunda de su ser... Hemos conocido el honor del trabajo, exactamente el mismo que en la Edad Media regía la mano y el corazón. Hemos conocido la piedad del objeto bien hecho hasta el límite de la exigencia. Es menester que el palo de la silla esté bien hecho... No debía estarlo por el amo, o por los conocedores del oficio, o por los clientes del patrón: se debía hacer bien la cosa por ella misma, en su ser mismo. Una tradición que nos llegaba, subida de lo más profundo de la raza; la historia, algo absoluto, «el honor», exigía que este palo fuera bien ejecutado.»*

Huérfano de padre a los diez meses, lo evoca a través de dulces recuerdos que su madre le legara. Frecuenta la escuela primaria, *«este admirable mundo de la enseñanza primaria»*. Pasa al Liceo de Orleans, y allí descubre las esencias de la cultura de las humanidades antiguas. La enseñanza media, tan deficiente como es fácil suponer, no le escandaliza; antes bien, sabe descubrir las cosas buenas que incluye: *«La enseñanza media, por desmantelada que sea, es todavía el reducto de la cultura en Francia: conozco (yo mismo, tan pequeño, podría citar ciento cincuenta) profesores de enseñanza media que lo hacen todo, que lo sacrifican todo, que lo desafían todo,*

hasta el aburrimiento, que es el mayor peligro..., para aguantar, para salvar todo lo que pueda ser salvado» (*).

Después de algunos fracasos, Péguy ingresa en la Escuela Normal Superior. Precisamente allí, entenderá a Bergson, y siente su alucinante atracción; pero, sincero, llegará mucho más lejos que él. Esto sugiere otro aspecto de Péguy: su crisis religiosa.

* * *

Empezó en el Liceo de Orleans. Las razones no son muy claras. Lo que sí es cierto es que no se aparta del cristianismo por odio alguno, sino más bien porque busca afanosamente una mayor fraternidad humana, un ideal socialista utópico, que no tiene nada de marxismo ni de lucha de clases. Recordará más tarde que el socialismo no es suficiente, ni mucho menos, para solucionar el hondo conflicto que inquieta al mundo. Busca una armonía ideal entre todos los hombres. Detesta la política y se refugia en un idealismo de tipo místico.

Una cosa conserva de su antigua fe, en este período de crisis: su amor a las catedrales, su devoción a la Virgen. El amor de Péguy por «su» catedral de Chartres, es algo que conmueve. Se sentía romero como en las crónicas medievales de Chartres. Su devoción a la Virgen de Chartres es verdaderamente filial. Como romero, recorre los 144 kilómetros que le separaban de Chartres — no es todavía converso —, para pedir allí la salud de su hijo. Allí, en aquella maravillosa catedral, ha rezado el sábado, el domingo, antes de la misa cantada, *«como jamás lo había hecho»*. Sin duda alguna, la Virgen, «Notre-Dame», como la llama, ha tenido una influencia decisiva en su vida. El ha cantado con toda delicadeza a *«Aquella que es todo grandeza, porque es todo caridad. A Aquella que es todo fe y caridad, porque ella es todo esperanza. A Aquella que está infinitamente por encima de nosotros: porque Ella también está infinitamente entre nosotros. A Aquella que es la Madre y la Reina de los ángeles: porque Ella también es Reina y Madre de los hombres. Reina de los cielos, Regente terrestre...»* Y salen aquellas *Cinco plegarias en la Catedral de Chartres*, magníficas, que dicen todo lo que puede un corazón que ama a su Madre.

* * *

En la Agregación tampoco tiene éxito. Esto cambia su vida y le da la orientación que conservará después. Empieza a publicar, con esfuerzo inenarrable, *Les cahiers de la Quinzaine*. A ellos entrega su cuerpo y su alma. Es director, tipógrafo, corrector. Allí gasta las economías de su mujer, que, con gran comprensión, le secunda en sus tareas editoriales. Las dificultades por las que atravesó para poder mantener la publicación de los *Cahiers*, son difíciles de imaginar.

* * *

Péguy ha buscado siempre más verdad, más justicia, más caridad, pero no quiere salvarse solo. Odia la mentira, la hipocresía y la doblez. Su vida es un suspiro hacia

(*) «Notre Jeunesse».

la eternidad: enraizar lo temporal en lo eterno, redimir lo temporal. Hay una continua ansia de mejoramiento y un desconfiar constante de sí mismo. «Tanta sinceridad, tanta buena fe se encuentran en sus páginas, que, al leerlas, se tiene la firme esperanza de que Dios ha escuchado a esta alma», decía el Card. Verdier. Y en efecto: retorna a la fe en 1908. No es propiamente una conversión, por cuanto había conocido y amado la fe católica. Separado de ella por razones subjetivas, va sintiendo la necesidad de retornar al árbol natural con una profundidad interior, enérgica, hasta poder decir, por fin, a su amigo Lotte (*): «He hallado de nuevo la fe. Soy católico.»

Pero su exteriorización se verifica con la publicación de *Le Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc*. La necesidad de la caridad individual y social para salvar al mundo, es para él cosa evidente. Si antes la buscó a través de un socialismo, se dió cuenta después de que este sistema no daba solución alguna viable; las fuerzas humanas individuales y colectivas no podían remediar el angustioso problema que le aquejaba. Entonces encuentra la caridad de Cristo y quiere fundirse en ella. Ha descubierto la caridad y la esperanza, y ya está satisfecho. Se esforzará en cantarlas y vivirlas. Haila la comunión de los Santos. Empieza con Jesús. Él está en el interior. Es la cabeza: «*Todas las plegarias, todas las pruebas juntas, todos los trabajos, todos los méritos, todas las virtudes en conjunto, todas las santidades en conjunto trabajan y ruegan en conjunto por todo el mundo, por toda la Cristiandad, por la salud del mundo en conjunto...*»; pero esta caridad es un poco difusa todavía. Diría poco sobrenatural. Pero los elementos humanos se van fundiendo; lo accidental desaparece para quedar lo esencial, y esta melancolía humana cederá, para dar paso a la caridad pura de Cristo. La alegría vendrá con el descubrimiento de la segunda virtud. Las luchas que tiene que sostener durante el espacio de año y medio que media hasta la publicación del *Porche du Mystère de la Deuxième Vertu*, no son pocas, especialmente del lado católico. El exclusivismo de algunos católicos que están satisfechos con el orgullo de la verdad que poseen, choca con la mentalidad de este hombre simple y apasionado por la verdad: «*Lo esencial es que, en cada sistema, la mística no sea devorada por la política.*» Péguy se esfuerza en probar a los católicos la sinceridad de sus convicciones. Pero no es comprendido. En *Le Nouveau Théologien*, polemiza vivamente con sus contradictores. Es una polémica de calidad. Muy elevada. Péguy posee ideas claras de las cosas y, cuando las domina, no puede arrinconarse fácilmente. A veces es un tanto pesado. Se repite, como alguien que está muy seguro y quiere convencer, machacando a los otros. Es un pensador doblado de poeta. Claudel ha sentido su mágica atracción. El ha creado una poesía católica. Es innegable que, en muchas de sus páginas, habita la poesía pura sin aleación. Hay pensamiento elevado y hay expresión lírica. *El mérito de Péguy consiste en que muchos de los pensamientos, verdades y principios que nos eran conocidos, familiares unas veces, desprestigiados o vulgares otras, los ha descubierto y probado que tienen su valor e importancia en la vida de los hombres.* La sequía que asolaba el alma de muchos de los hombres, es sustituida por el caudal de aguas vivas, fluyentes. Enseña que en la vida hay cosas de mucho más valor que lo que los hombres estiman corriente y vulgarmente. No es de hombres cuerdos poseer más de lo bastante, como

decía Cleoboto de Esparta, que viajaba mucho para aprender y no para hacer negocios.

* * *

Péguy muere en el campo de batalla, en 1914, después de haber hallado «la única cosa necesaria»: la fe. Péguy es el hombre de un humanismo cristiano, buscado con sinceridad y verdad. «No hay que tener miedo de decir la verdad» sin falsificación, sin arrivismo. Mientras los hombres no quieran estimar en su justo valor las cosas materiales, no alcanzarán el dulce reino de las virtudes de Dios, la reparación del género humano, que él había cantado en *Eve*. Converso, Péguy es un símbolo de fe en Dios y en su orden total, en la Cristiandad. Esta palabra resuena a menudo en sus estrofas.

Todo lo que toca Péguy está revestido de espíritu. En un momento de pérdida de sensibilidad espiritual, como el que hoy se atraviesa, la lección que nos da Péguy es edificante en grado extremo.

Péguy, si alguien se acerca a él, se da, penetra en el fondo y comunica una alegría sana, y obliga a pensar en cosas muy serias de la vida. Es el gran amigo de los hombres que buscan la verdad.

ESTEBAN MIQUELA, Pbro.

La monotonía, la reiteración, el tono mate de las rimas, la cadencia de la frase (tan propio todo de Péguy), contribuyen muy adecuadamente a subrayar, en el ejemplo de innegable fuerza poética que reproducimos, la intención del autor.

En un ambiente de compunción, pedimos a Eva, la desgraciada madre de todos los hombres, que interceda por nosotros cuando el Señor nos juzgue por nuestras luchas y crímenes.

¿Cuál puede ser su intercesión? No ciertamente la de María, la segunda Eva, libre de todo pecado, sino la confesión de la miseria de este cuerpo de barro que de ella hemos recibido, y que es la única excusa de nuestra malicia.

*Mère, voici vos fils qui se sont tant battus.
Qu'ils ne soient pas pesés comme Dieu pèse un ange.
Que Dieu mette avec eux un peu de cette fange
Qu'ils étaient en principe et sont redevenus.*

*Mère, voici vos fils qui se sont tant battus.
Qu'ils ne soient pas pesés comme on pèse un démon.
Que Dieu mette avec eux un peu de ce limon
Qu'ils étaient en principe et sont redevenus.*

*Mère, voici vos fils qui se sont tant battus.
Qu'ils ne soient pas pesés comme on pèse un esprit.
Qu'ils soient plutôt jugés comme on juge un poscrit
Qui rentre en se cachant par des chemins perdus.*

*Mère, voici vos fils et leur immense armée.
Qu'ils ne soient pas jugés sur leur seule misère.
Que Dieu mette avec eux un peu de cette terre
Qui les a tant perdus et qu'ils ont tant aimée.*

*Mère, voici vos fils qui se sont tant perdus.
Qu'ils ne soient pas jugés sur une basse intrigue.
Qu'ils soient réintégrés comme l'enfant prodigue.
Qu'ils viennent s'écrouler entre deux bras tendus.*

(*) Fundador de un movimiento universitario católico.





¿POR QUÉ CONSAGRARSE AL SACRATÍSIMO CORAZÓN?

Puesto que el Sdo. Corazón es el símbolo y la imagen sensible de la caridad infinita de Jesucristo que nos mueve por ella misma a corresponder a su amor, está muy puesto en razón consagrarse a este Corazón augustísimo.

Lo cual no es otra cosa que entregarse y unirse a Jesucristo porque todo honor, todo homenaje, toda muestra de afecto ofrecida al divino Corazón se tributa verdadera y propiamente a la persona de Jesucristo.

LEÓN XIII.—*Encíclica Annum Sacrum de consagración de todo el género humano al Corazón de Jesús (1899).*

La devoción al

SAGRADO CORAZON

*es la satisfacción divina
de las tendencias sociales*

E. Ramière, S. J.



Para demostrarlo, vamos a considerar a un tiempo la devoción al Sagrado Corazón en sus relaciones con las aspiraciones y con las enfermedades de la sociedad moderna; si sólo en ella hallamos la satisfacción de las primeras y la curación de las segundas, no tendremos dificultad en convenir que ella sea verdaderamente la devoción de nuestros tiempos.

Aspiraciones y efemérides de la Sociedad Moderna

Las aspiraciones de esta orgullosa sociedad son muy elevadas; pero, ¡cuán grandes, también, son sus enfermedades! Por una parte, quiere remontarse hasta lo infinito, espiritualizar la materia misma, divinizar cuanto toca; por otra parte, se confiesa incapaz de resistir a la fascinación de esta misma materia y de fijar la mirada de su espíritu sobre los objetos puramente espirituales. Nunca poseyó el espíritu humano imperio tan completo sobre la materia, y nunca ejerció la materia dominio más tiránico sobre el espíritu humano. Forzándola a servir a su codicia, él mismo se ha obligado a pedirle sus satisfacciones. Al hombre moderno le precisan, a cualquier precio, impresiones y emociones; la única literatura en gran boga es aquella que deleita al máximo y que menos se preocupa de lo verdadero: la novela. Y, sin embargo, a los ojos de este hombre sensual, la religión nunca es bastante espiritual; manifiesta el mayor desdén por los símbolos; en todas partes busca la idea pura y, principalmente, la idea de conjunto, la unidad de las cosas, la última expresión de todo. Ningún siglo fué a la vez tan riguroso en su crítica ni tan intemperante en sus aficiones. Nunca, en materia doctrinal, se fué tan exigente para la verdad y tan ávido de ficción y de hipótesis. Del mismo modo, en moral, nunca se juntó tanta severidad especulativa con tanta molición práctica. El exceso del rigorismo y el exceso de la lujuria, el jansenismo más implacable y el libertinaje más desenfrenado se han desarrollado paralelamente en el último siglo; y ¿quién negará que en este siglo no han dejado vástagos? De tal suerte, que la religión se ve atacada a la vez en la ayuda misericordiosa que ofrece a nuestra debilidad y en el freno que impone a nuestras pasiones. Allí es acusada de inmoralidad, acá se la imputa un rigorismo antinatural. Según unos, abate y encoge al corazón humano; según otros, es demasiado elevada para su debilidad.

Por medio de la devoción al Sagrado Corazón, la Religión cristiana se nos presenta igualmente apropiada para satisfacer las más opuestas tendencias

A todas estas exigencias y a todas estas calumnias responde victoriosamente la devoción al Sagrado Corazón.

Por su medio, la religión cristiana se nos presenta igualmente apropiada para satisfacer las más opuestas tendencias; ofrece a las imaginaciones sobreexcitadas e incapaces de alcanzar la nuda verdad, la más seductora de las imágenes; la faz del Hombre-Dios, resplandeciente de todas las amabilidades de su Corazón. A las almas ávidas de profundas y sublimes verdades, presenta el mismo Corazón como el centro de todas las cosas, la obra maestra de la creación material. Muestra a las almas dominadas por su sensibilidad, el Corazón de Jesús como el órgano de la más viva sensibilidad y el objeto más digno de ser amado con pasión; pero, al mismo tiempo, a los corazones más robustos o más exigentes que anhelan contemplar el heroísmo, en espera de que ellos mismos puedan realizarlo, les muestra este divino Corazón como la fuente de la más completa abnegación y de un incomparable sacrificio.

La enfermedad de los incrédulos y la enfermedad de los fieles

Esta devoción ofrece, por lo mismo, un remedio igualmente eficaz para las dos grandes enfermedades que aquejan a las almas de los incrédulos y a las de los fieles en nuestro tiempo. En los primeros, la seducción de la materia, que acabamos de señalar como la característica de nuestro siglo, produce, con respecto a las cuestiones religiosas, una disposición que, bajo ciertos aspectos, es más funesta que la impiedad: la indiferencia. En los segundos, esta misma flojedad de espíritu produce una tendencia destructora de toda virtud robusta: el desánimo. La indiferencia, pues, y el desánimo, la indiferencia que impide a los incrédulos llegar a ser creyentes, y el desánimo que priva a los cristianos de la energía necesaria para llegar a santos: he aquí las dos grandes llagas sociales. Ambas, encuentran en la devoción al Sagrado Corazón el antídoto más eficaz.

Es, en efecto, la devoción del amor y de la misericordia. Recuerda al hombre, tan ávido de amor y, no obs-

tante, tan lleno de egoísmo, que es el amor — un amor incomparable, en verdad, para su miseria —, quien hizo descender del cielo al Verbo de Dios; que este amor fué su alimento en este mundo, le acompañó al Cielo y continúa ocupando su atención. La agonía del Huerto, la Cruz, la santa Eucaristía, todos estos milagros del amor, olvidados por los hombres, la devoción al Sagrado Corazón fuerza a recordarlos. Obliga a los hombres a creer que existe en el mundo alguien que les ama con pasión, infinitamente. ¿Puede concebirse algo más capaz de remover la más inerte indiferencia? ¿No será por esta devoción que Jesucristo termina de realizar el plan de su Encarnación, que él mismo indica de manera tan conmovedora al decir: «Yo les atraeré por los lazos más adecuados a su naturaleza, por las cadenas del amor» (Os. XI, 4).

Por otra parte, ¿qué otra cosa más adecuada, para levantar las almas postradas por el desaliento, que la visita de un Dios que busca velarse por completo para dejar de manifiesto sólo su corazón; que vela su poder, su dignidad, su odio al pecado, a fin de que sólo resplandezca y triunfe su misericordia? ¿Cómo no sentirse llenos de una confianza sin límites al pensar que un corazón que se nos muestra tan compasivo e indulgente, es el Dueño del mundo y el árbitro supremo de los acontecimientos, y que nada nos sucede que no haya sido ordenado o permitido por Él, en atención a nuestra santidad y felicidad?

La devoción al Sagrado Corazón no es una práctica particular de devoción: es la religión entera

Tal es la devoción al Sagrado Corazón, bien entendida; no es una práctica particular de devoción; es la religión entera; pero la religión considerada bajo su aspecto más luminoso y consolador. Es el cristianismo llevado a su unidad y considerado en la base de todos sus dogmas y el principio de toda su moral; pues, ¿qué otra cosa son los dogmas del credo cristiano, más que la manifestación del amor de Dios hacia los hombres? Y ¿qué otra cosa son los preceptos del Decálogo, más que la práctica del amor de los hombres hacia Dios? Ahora bien, el amor de Dios hacia los hombres, ¿dónde se ha manifestado en todo su esplendor, y el amor del hombre hacia Dios, ¿dónde se ha desplegado en todo su heroísmo, sino en el Corazón de Jesús? Es, pues, por el conocimiento y el verdadero culto al Corazón de Jesús, que la sociedad se acercará a Dios; por este Corazón, como por un canal divino, las bendiciones del cielo descenderán sobre la tierra; por él, como por un vínculo vital y vivificador de los diferentes elementos que componen la humanidad, los individuos, las familias y los pueblos, divididos en la actualidad como

miembros de un cuerpo despedazado, volverán a hallar su unidad.

La devoción al Sagrado Corazón unificaría los intereses de los pueblos.

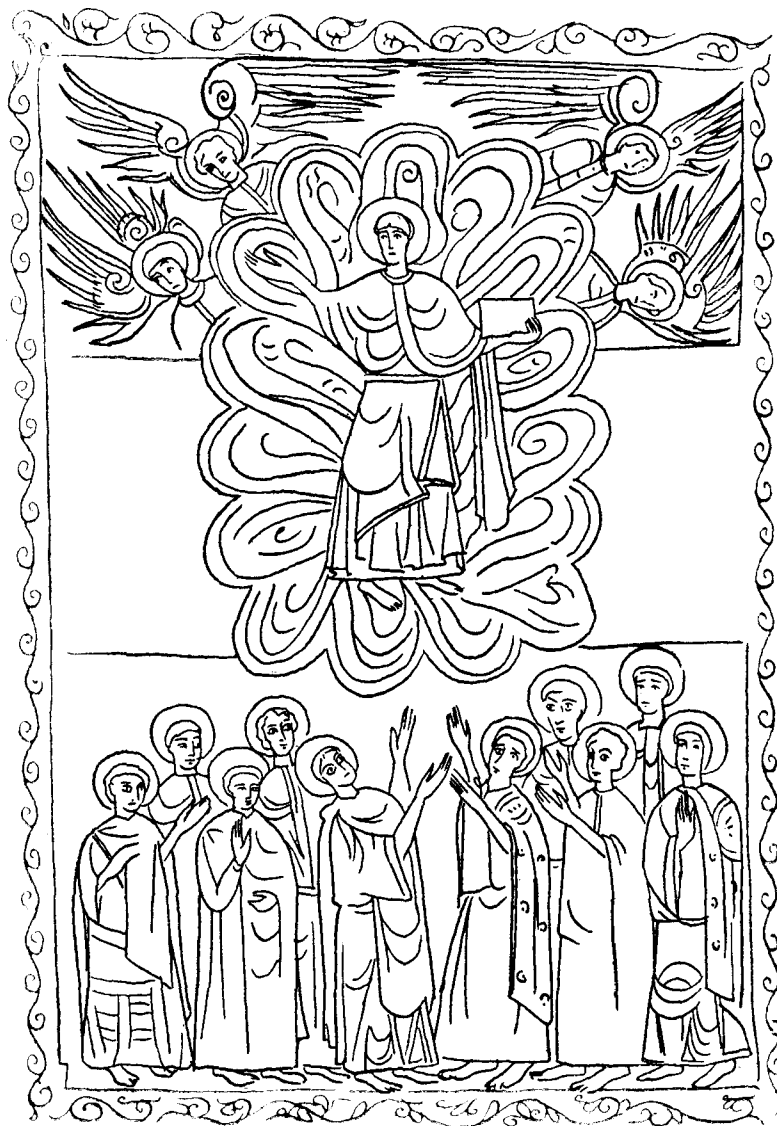
Es, principalmente, bajo este último aspecto, que es preciso considerar la devoción al Sagrado Corazón, si queremos comprender sus maravillosas afinidades con las tendencias de nuestro siglo. En varias ocasiones hemos señalado la tendencia irresistible que empuja a los hombres y a las naciones hacia una unidad más estrecha, al propio tiempo que el desarrollo de los intereses egoístas tiende a ensanchar los abismos que les separan. Estas dos opuestas tendencias son la verdadera causa de los desgarramientos sociales de que somos testimonios; estas escisiones no podrán, pues, hallar término más que cuando la sociedad haya hallado el secreto de hacer cesar esta funesta oposición, de destruir las inclinaciones egoístas y de dar ancho vuelo a los instintos contrarios.

Ahora bien: este secreto, Dios lo ha puesto a su alcance al revelar la devoción al Sagrado Corazón. Por este divino Corazón, en efecto, los hombres de cualquier raza y condición no forman tan sólo, en conjunto, un solo pueblo y una sola familia, sino que constituyen un solo cuerpo, viven de una misma vida, que es la vida misma de Dios; tienen un mismo destino, que es la felicidad de Dios. De ahí, pues, que los intereses de los ricos y de los pobres, de los civilizados y de los bárbaros, de los hombres del Oriente y de los del Occidente, de las razas latina, eslava y sajona, de los hijos malditos de Cam, tanto como los hijos de

Sem y de Jafet, se encuentran no sólo conciliados, sino también identificados y confundidos.

Que el Corazón de Jesús sea conocido, amado e imitado en el mundo, y desde aquel momento no habrá ya guerras, divisiones, ni posibles rivalidades; el egoísmo sería un contrasentido, ya que la gloria de la riqueza y la felicidad de cada uno no podría ya consistir más que en realzar, enriquecer y servir a sus hermanos. Que reine el Corazón de Jesús, y la unidad del mundo se consuma.

¡Ah! ¿Por qué no quieren comprenderlo los amigos sinceros de la humanidad? ¿Por qué la misma humanidad, que interroga con inquieta visión los límites del horizonte, en la esperanza de ver asomar el astro precursor del día luminoso de su unidad, no quiere abrir los ojos para contemplar este espléndido sol, que brilla con todo su esplendor en el firmamento de la Iglesia? Y ¿por qué los cristianos se esfuerzan tan poco para obligarla a ver esta consoladora luz.



JESUCRISTO SUMO SACERDOTE
Transcripción de la aparición del Apocalipsis

Exponente de la emoción que en España causó la invitación pontificia a todas las diócesis del Universo, a consagrarse al Divino Corazón, es el siguiente fragmento de don Gabino Tejado.



Casi en los momentos de escribirse las presentes líneas, el orbe católico está celebrando uno de los fastos más grandiosos de este siglo, que tantos ha visto ya, contados entre los triunfos de la Iglesia. Cediendo, en fin, el inmortal Pío IX a reiteradas instancias de numerosos Obispos e innumerables fieles de toda la Cristiandad, benignamente acogidas por la Sagrada Congregación de Ritos, se ha dignado consagrar al Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo el universo entero. Para acrecentar el esplendor de ofrenda por tantos conceptos inconmensurable ordenó que fuese celebrada el día 16 de junio, fecha en que, providencialmente quizás, coincidían dos dichosas conmemoraciones, a saber: el segundo centenario de la revelación otorgada por el Redentor mismo a la Bienaventurada María Alacoque, mandándola propagar aquella ternísima devoción, y el vigésimonono aniversario de la exaltación de nuestro amado Padre a la Sede Pontificia. Junto con otras condiciones que el Vicario de Cristo puso a la prestación de este universal homenaje al divino Corazón del Hijo del hombre, dignóse enriquecer el tesoro de preces de la Iglesia con el **Acto de Consagración** que la piedad de tantos millones de almas amantes ha elevado y elevando seguirá de la tierra al cielo.

Sobre las súplicas de ciento sesenta obispos y de tres millones de católicos, para la consagración de la Iglesia universal al Sagrado Corazón de Jesús



Su Santidad dió a besar su anillo pontificio al Reverendo Padre Chevalier, postrado a sus pies, invitándole, con bondadoso acento, a que se levantara. El Padre dió entonces lectura a la súplica siguiente:

«Santísimo Padre:

»En vísperas de los grandes acontecimientos que deben cambiar la faz de Europa, tuve la dicha de hallarme a los pies de Vuestra Santidad. Era a principios de septiembre de 1860, y solicitaba entonces de Vuestra Paternidad su bendición, siempre llena de fecundidad, para el instituto naciente de los misioneros del Sagrado Corazón de Jesús.

»Entonces fué, Santísimo Padre, cuando dijisteis estas palabras, para siempre memorables: «La Iglesia y la Sociedad no tienen más esperanza que en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Él será el que curará todos nuestros males.»

»Los hechos se han sucedido después... Os halláis, Santísimo Padre, despojado de vuestro patrimonio y víctima de la injusticia y de la perfidia. Hoy día, la Iglesia de Dios, perseguida a más no poder, y la sociedad, atormentada por las iras del infierno, se vuelven hacia vos, Santísimo Padre; una y otra se hallan en los ciento se-

senta obispos y en los tres millones de católicos cuyos nombres, procedentes de todo el mundo, se encierran en esos volúmenes, y suplican a Vuestra Santidad que los ponga, por un acto solemne, bajo el poderoso patrocinio del Corazón de Jesús, fuente de gracia y de bendición. Plazca a ese divino Corazón, Santísimo Padre, aplacar las olas tumultuosas que tan violentamente agitan la barca de Pedro; disipar la tempestad, siempre creciente, que retumba sobre vuestra augusta cabeza; romper las cadenas de vuestro cautiverio y hacer brillar pronto a vuestros ojos los días del triunfo tan anhelado.»

El Soberano Pontífice escuchó la lectura de esta súplica con una emoción que se revelaba en su augusto semblante, y contestó con unas palabras que reproducimos en este lugar, con toda la fidelidad posible:

«¡Tres millones! ¡Pero si es un ejército! Pues bien: ¡voy a ponerme al frente de estos tres millones y vamos a conquistar el mundo!

Deseo que lo que decimos acá en la tierra sea repetido en el cielo, y como suplicamos incesantemente, aguardamos el triunfo con confianza. Debemos esperar que el buen Dios nos libertará; tenemos necesidad de valor para luchar en los combates del Señor y par triunfar de todos nuestros enemigos, pero no debemos abrigar ningún temor. Sea nuestra enseña la de la verdad y de la oración; así estaremos seguros del triunfo. Pediremos a Dios las fuerzas que nos sean necesarias.»

En el Certamen Nacional que tuvo lugar el 26 de junio de 1881, en ocasión de las solemnísimas fiestas que en honor del Sdo. Corazón de Jesús se celebraron en Tarragona, correspondió el premio ofrecido por el Ilm. Dr. Salvador Casañas, Obispo de Urgel, a la Memoria que con el título "Influencia Social de la devoción al Sdo. Corazón de Jesús en los tiempos modernos", presentó el presbítero Dr. José Torras y Bages.

Damos a continuación el capítulo titulado:

OPORTUNIDAD CON QUE SE REVELA EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

EL ORBE CATOLICO VE EN EL SU ESPERANZA



El héroe de la colosal y sempiterna lucha entre el bien y el mal, Jesucristo, o sea la Sabiduría divina que formó y reformó el mundo, ha vuelto a manifestarse en la gran crisis religiosa de la moderna sociedad; empieza su obra de atracción, aquella manera peculiar suya de hacer que los hombres triunfen de la materia y del demonio y que consiste en allegárselos, uniéndolos a sí íntimamente para alcanzar triunfo verdadero. Ya quiso en los principios de su gran misión, al aparecer en este campo de batalla que llamamos mundo, tomar un nombre que admirablemente indica su oficio en la tierra. *Emmanuel*, Dios con nosotros, le apellidó su Madre, por lo cual, siempre que Jesucristo se ha manifestado a los hombres, éstos, con tal ayuda, han prevalecido.

La nueva infusión de virtud divina en la sociedad debía consumarse, o, a lo menos, tener principio, en aquella Francia que derramó por toda la Cristiandad el veneno de la impiedad moderna; la que hizo tremolar en medio de la Europa el estandarte de Satanás, debía ser la que enarbolase la bandera de Cristo; de aquella Borgoña de donde salió el héroe de la civilización católica de la Edad Media, el insigne monje que hizo prevalecer en el mundo el elemento cristiano, el gran Bernardo, salió también la humilde religiosa destinada a presentar a los cristianos la nueva prenda de salvación, el maravilloso signo que debían tomar los nuevos cruzados. El abad de Claraval, por providencial coincidencia, debía ser el doctor que la Iglesia destinaría para explicar a los hombres lo que sea esta devoción, que, desde el fondo de su claustro, enviaba al mundo su paisana, la maestra de novicias de Paray-le-Monial; aquél fué el alma, el móvil de las celeberrimas cruzadas, y ésta será la ignorada y oculta promotora de la nueva cruzada que ha de cristianizar a Europa. Preparábase la Revolución francesa, grande por su maldad, y germinaban ya sus semillas en aquella espléndida y corrompida corte, donde los brillantísimos rasgos de santidad que a veces cruzaban la densa atmósfera, sólo servían para hacer más visible el orgullo humano y las flaquezas carnales que le siguen; y preparábase, al mismo tiempo, muy lejos y en muy distinto lugar de aquélla, la ardentísima llamarada del amor divino destinado a contrarrestarla.

Dios no duerme cuando el enemigo de los hombres vigila.

El mismo año en que Lutero empieza públicamente su diabólica misión en Alemania, que fué el de 1521, Dios nuestro Señor quebró la pierna a Ignacio en el castillo de Pamplona, para sanarle y, de soldado desgarrado y vano, hacerle su capitán, caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero: como siglos antes habían nacido en un mismo día, en Inglaterra, el maestro del antiguo racionalismo, Pe-lagio, y en Africa el doctor de la gracia, que venía a aniquilarlo para siempre, Agustín de Hipona. Margarita de Alacoque estaba destinada a propagar lo que ya desde el principio del Cristianismo existía: debía ser la que popularizaría la devoción augusta que había tenido ya apóstoles fervorosos y profetisas ilustres; debía publicar a la faz del mundo aquellos misterios del Corazón de Cristo que San Agustín escudriñaba por los agujeros que talaron el Sagrado Cuerpo; hacer notorios al común de las gentes aquellos apasionados latidos que tan divinamente sentía Santa Gertudis al profetizar que el hacerlos palpables a la sociedad, Dios lo reservaba para los tiempos modernos, cuando el mundo estuviese ya caduco y yerto.

El signo de la contradicción del mundo, que adorna a toda obra divina, no faltó a la nueva devoción.

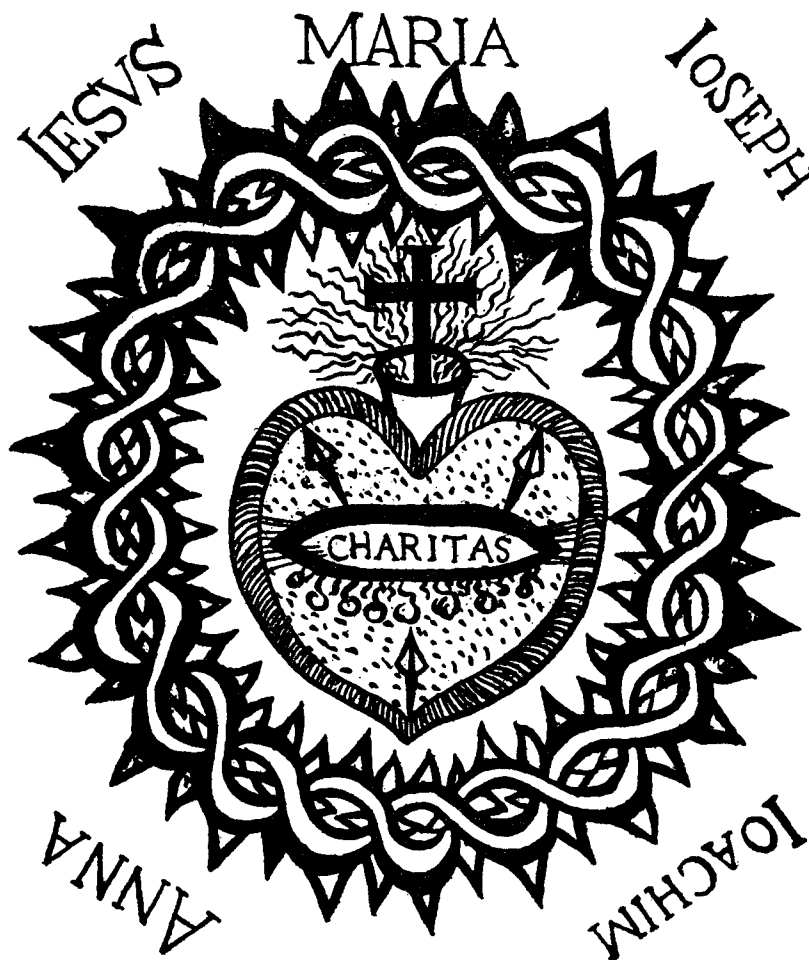
La hipocresía de los herejes y la pusilanimidad de muchos doctores la persiguieron cruelmente, los poderes seculares le pusieron obstáculos, y, cuando empezaba a brillar a los ojos de los fieles la nefanda revolución, hizo esconder otra vez este sagrado fuego bajo la humildad de la ceniza. La revolución fué su enemiga declarada, porque un poderoso instinto le hacía conocer que era lo que debía acabar con ella; así como los hijos de la Iglesia han sentido la inspiración misteriosa y sobrenatural que les llamaba a cobijarse bajo las amorosas alas del celestial Pelicano, que alimenta a los suyos con la propia sangre.

En las presentes calamidades todos levantan los brazos al Sagrado Corazón, y es porque sus misteriosos latidos, que percibió Santa Gertrudis, se comunican a toda la Cristiandad, haciéndose manifiesto cómo se reveló a esta Santa qué sucedería, y habiéndose dicho también a la Beata Margarita de Alacoque que en la nueva edad se manifestaría para aumento del amor divino. Y estas revelaciones privadas de la grande hija de Benito y de la humilde hija de Francisco de Sales, no sólo la Iglesia las ha admitido, sino que se las ha apropiado, y ha creído oír en sus dulcísimas voces la poderosa del Omnipotente que revela sus propósitos a la humanidad muy diversamente y por distintos modos.

Al orbe católico ha mandado celebrar la festividad del Corazón Sagrado, y desde las modernas iglesias del Nuevo Mundo hasta las antiquísimas del Viejo Continente, la voz respetable de los Concilios provinciales ha exhortado eficazmente a los fieles a esta devoción como principio de bienes y provecho espiritual. Y aquel magnánimo Pontífice que, por tan largo espacio de tiempo acaudilló y fué cabeza del mundo católico, y destruyó en el terreno especulativo las gigantescas y flacas construcciones del liberalismo y de la revolución, al lanzar desde lo alto del Vaticano a los cuatro puntos cardinales de la tierra los rayos de condenación y anatema a los principios fundamentales de una civilización anticristiana, considerando, sin

cada día más apremiantes, hasta el punto de que, habiendo llegado ya la Iglesia a su completo abandono de los poderes terrenos, cuando no solamente dejaron de considerarla como madre, sino que la trataron como enemiga, en el colmo de la amargura y de la desolación, en medio de la noche más cerrada, convoca a todos los que sienten en su alma el amor a Cristo y solemnemente les intima su voluntad de que se ofrezcan y consagren a su Corazón, buscando allí la Iglesia el apoyo y refugio que el mundo ingrato le negaba.

Por lo cual, pocos años después, cuando la heroína de la Revolución vino a quedar víctima vergonzosa de la misma, al caer la ilustre nación francesa en el abismo de to-



Copia de la primera imagen del Sagrado Corazón, original de Santa Margarita María

duda, la desolación de la sociedad que, por unos momentos se había enamorado de un vano ídolo, con aquella su dulce y poderosa voz que hacía despertar a los aletargados, dirigiéndose a los fieles, exclama: «En medio de las multiplicadas calamidades por que pasan la Iglesia y la Sociedad civil, acójense todos a Jesucristo y a su Corazón dulcísimo, víctima de una ardorosa caridad para con nosotros, y eficazmente pidanle que con los lazos de su amor todo se lo atraiga, para que los hombres inflamados con su amor santísimo, anden de conformidad con los deseos de su Corazón.» Así hablaba en la inmortal encíclica «Quanta Cura», que, acompañada del Syllabus, dejó pasmados a amigos y enemigos de la Santa Sede.

Y la confianza del valeroso Pío IX en el Sagrado Corazón, fué creciendo, y sus autorizadas enseñanzas al pueblo católico sobre aquella dulcísima devoción fueron

das las derrotas, quedando convertida, la antigua señora de las naciones, en esclava que ha de pagar duramente sus liviandades, en medio de sus infortunios, vuelta reflexiva por sus multiplicadas humillaciones, hace solemne y nacional promesa de levantar en las alturas del monte de los mártires, donde comenzó la Compañía de Jesús, un templo dedicado al Sagrado Corazón. Aquel París, pues, centro y ombligo, como la antigua Atenas, del mundo civilizado, foco de donde han partido los rayos de ardientes concupiscencias que han consumido las antiguas costumbres cristianas, será también un día u otro, por más que la malicia humana a ello se oponga, la que hará llegar a las más apartadas naciones el eco del humilde y amoroso himno de regreso de la sociedad al seno del divino Redentor, de donde jamás debiera haber salido.

Las prácticas esenciales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

LA CONSAGRACIÓN

Entre todo cuanto propiamente atañe al culto del Sacratísimo Corazón, descuella piadosa y merece mención, la consagración con que nos ofrecemos, con todas nuestras cosas, al Corazón divino de Jesús, reconociéndolas como recibidas del amor eterno de Dios. Después que Nuestro Salvador, movido más que por su propio derecho, por su inmensa caridad para nosotros, enseñó a la inocentísima discípula de su Corazón, Santa Margarita María, cuánto deseaba que los hombres le rindiesen este tributo de devoción, ella fué, con su maestro espiritual, el P. Claudio de la Colombière, la primera en rendírselo. Siguiéron, andando el tiempo, los individuos particulares, después las familias privadas y las asociaciones, y, finalmente, los magistrados, las ciudades y los reinos.

Difusión de la Consagración

Mas como en el siglo precedente y en el nuestro, por las maquinaciones de los impíos, se ha llegado a negar el imperio de Cristo Nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta ha habido asambleas que gritaban: «No queremos que reine sobre nosotros» (Luc., 19, 14), por esta consagración que hemos indicado, parecía salir unánime la voz de todos los servidores del Corazón de Jesús respondiendo acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine (I Cor., 15, 25). Venga tu reino.» De donde resultó felizmente que todo el género humano, que por nativo derecho posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran (Efes., I, 10), al empezar este siglo, se consagra al Sacratísimo Corazón, por Nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, con aplauso del orbe cristiano.

Coronamiento por la fiesta de Cristo-Rey

Accediendo a los deseos y preces reiteradas y numerosas de Obispos y fieles, Nos (como ya dijimos en Nuestra encíclica «Quas primas»), con el favor de Dios, hemos completado y perfeccionado aquellos comienzos tan faustos y consoladores, cuando, al término del Año jubilar, instituímos la fiesta de Cristo-Rey, para celebrarse solemnemente en todo el orbe cristiano.

Al hacer esto, no sólo hemos declarado el supremo imperio que Jesucristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, sino que también presentíamos el júbilo de aquel faustísimo día en que el mundo entero, espontáneamente y de buen grado, se ha de someter a la dominación suavísima de Cristo Rey. Por esto ordenábamos tam-

bién que en el día de esta fiesta se renovase todos los años esta misma consagración, para conseguir más cierta y abundantemente su fruto y para unir a los pueblos todos con la caridad cristiana y la conciliación de la paz en el Corazón del Rey de los Reyes y Señor de los que dominan.

(Fragmento de la encíclica «Misericordissimus Redemptor», 1928.)

LA REPARACIÓN

El espíritu de expiación y reparación ha ocupado siempre el primero y principal lugar en el culto debido al Corazón Sacratísimo de Jesús, y nada más propio al origen, naturaleza, virtualidad y prácticas que son propios de esta forma de religión, como atestiguan la historia, la costumbre, la santa liturgia y los actos de los Soberanos Pontífices.

Cristo es feliz y reina en el Cielo: ¿Qué consuelo, pues, pueden proporcionarle los actos de reparación? ¿Queréis saberlo? «Dadme un amante y comprenderá lo que yo digo», puede responderse tomando estas palabras de San Agustín, que caen perfectamente en este lugar.

Si la previsión de nuestros pecados futuros entristeció hasta la muerte al alma de Cristo, no hay duda de que recibió también entonces algún solaz de nuestra igualmente prevista reparación cuando le apareció un ángel del cielo para consolar su corazón oprimido por el tedio y la angustia.

Así, pues, a este Corazón sacratísimo que los pecados de hombres ingratos no cesan continuamente de afligir, incluso ahora de un modo maravilloso pero verdadero podemos y debemos consolarle.

Pero hay más, la Pasión expiadora de Cristo se renueva y, en cierto sentido, se continúa y completa en su Cuerpo místico, que es la Iglesia. En efecto, para usar de nuevo palabras de San Agustín, «Cristo ha sufrido cuanto debía sufrir; nada falta ya a la medida de sus sufrimientos». Su Pasión fué completa en lo que a la cabeza se refiere; quedaban todavía las Pasiones de Cristo en su cuerpo.

Con derecho, pues, Jesucristo, aun paciente en su cuerpo místico, desea tenernos por compañeros de su expiación, y lo mismo piden también nuestras relaciones con Él; puesto que, siendo como somos cuerpo y miembros de Cristo, es necesario que todo cuanto la cabeza sufra, lo sufran también los miembros con ella.

(Pío XI, Encíclica «Misericordissimus», sobre el deber universal de reparación al Sagrado Corazón de Jesús. 1928.)

I. LA CULTURA

A propósito de "ALTAR MAYOR"



«Altar Mayor» es el título de una novela, que, desde luego no es acabada de aparecer, pero debe añadir para justificarse el autor de estas líneas que, no siendo crítico literario, no está obligado a leer novela alguna y cuando lo hace es porque una pausa en el cotidiano trabajo le permite buscar en la lectura momentáneo solaz.

Y aun al crítico profesional sería difícil enjuiciar literariamente esta obra que escribió una insigne pluma laureada repetidas veces por la Real

Academia, y que en esta novela luce con singular donosura la varavillosa y sonora variedad del verbo castellano y que en varias ocasiones, haciéndonos añorar al maestro Palacio Valdés, intenta pulsar la lira de los modismos asturianos, tan graciosos y tan expresivos cuando se oyen directamente a los naturales de la región.

Excepto una escena en cierto hotel de Santander y alguna alusión a San Sebastián y a Cangas de Onís, la acción se desarrolla íntegramente en Covadonga y no sólo es fácil adivinar los nombres de los hoteles, sino que incluso se individualizan claramente las habitaciones y dependencias que se describen en la novela; con la misma precisión se retratan los caminos con todos sus recodos y puntos de vista y no es exageración afirmar que el turista hallará en esta obra muchos detalles útiles y difíciles de encontrar en otros libros, pues los datos relativos a encrucijadas, atajos, kilometrajes, etc., son abundantes y siempre exactos.

Otras identidades se podrían subrayar todavía entre la novela y la realidad, pero no es oportuno insistir aquí sobre ellas porque nos proponemos únicamente llamar la atención sobre la exactitud en los pormenores a que aspira todo el relato, exactitud que hace, por contraste, más sensible la ligereza con que se formulan algunas consideraciones históricas a las que se entregan con especial frecuencia y delectación no sólo la pluma narradora sino también Yacub-Es-Saheli, católico libanés, por cuya boca aquélla se expresa con frecuencia.

Así, por ejemplo, en la página 130 de la edición que manejamos (Burgos, 1939) se afirma sin ambages que en la heráldica cristiana el símbolo religioso de la cruz fué adaptación de la esvástica. No se puede leer sin sonrojo que los cristianos adoptaron como símbolo la cruz tomándola de la cruz esvástica que era empleada por ciertos pueblos de China y del Norte de Europa en los cuales estaba probablemente unida a las más bajas supersticiones. Nosotros, sin saber tanto como saben los personajes de «Altar Mayor», hemos creído siempre y seguiremos creyendo ingenuamente que la cruz recuerda únicamente el suplicio en el Gólgota de nuestro Redentor y entendemos que la historia de la iconografía de la Crucifixión demuestra que la cruz apareció entre los primeros cristianos tan pronto como se apagó en éstos la repugnancia y el horror que sentían por lo que era elemento de patíbulo y que en el transcurso de los siglos, a través

de las Majestades y los Crucifijos, las imágenes, tendiendo a un mayor realismo, se enriquecieron en detalles hasta la época actual en la que, como es sabido, no nos atrevemos todavía a permitir que nuestros artistas se acerquen con más crudeza a la despiadada y horrible realidad.

En otro lugar del libro (página 57), se lee el siguiente párrafo que no es atribuido a ningún personaje: «Esta aspirante al matrimonio, con todas las preocupaciones ramplonas de su tiempo, entroniza en su casa al Corazón de Jesús, devoción francesa, pero no se atreve a creer en la Virgen de Covadonga ni en la historia colosal de España.» Si verdaderamente existe en España una joven aristocrática de poca fe y de dudosa virtud como en la novela parece ser Leonor Jové, que es el personaje a quien se alude, bien está que se la trate con la mayor dureza. Diremos más todavía: si tal joven existiese, deberíamos entender que constituye, por su parte, una hipócrita burla el haber entronizado en casa al Sagrado Corazón de Jesús, y sería justo fustigarla por este hecho.

Ahora bien, lo que no puede parecer correcto es computar como una falta más el mero hecho de la entronización y calificarla de *devoción francesa*. No cabe duda de que esta devoción tuvo su origen en hechos que se suponen acaecidos en Francia, que los principales personajes que en ellos intervinieron eran franceses y que se dió primeramente culto público y oficial al Sagrado Corazón en algunas diócesis de Francia. Esto es cierto, pero también lo es que desde hace casi un siglo, desde Pío IX, esta fiesta se celebra con misa propia en todo el orbe católico, que la devoción de los Primeros Viernes es practicada por docenas de millones de católicos que no son franceses, y que los seis últimos Papas la han bendecido, predicado y estimulado con particular cariño; no aludimos a la difusión que ha experimentado en los países de Misiones, porque alguien que leyese estadísticas podría tener motivo, aunque no razón, para argüir que la expansión misional de la Iglesia es meramente un pasatiempo francés. Añadamos por fin que en 1899, accediendo al ruego de una monja alemana que residía en Portugal, un Papa italiano consagró todo el género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Estamos acostumbrados a combatir a los que quieren particularizar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, presentándola como una beatería propia de mujeres o como una devoción vinculada a ciertas tendencias políticas de nuestro propio país. Pero al presentarla como una devoción francesa, se hace algo más grave que lo que se puede imaginar; porque decir que es una devoción francesa equivale a decir que es *una moda francesa*, y esto es lo mismo que afirmar que la piedra angular sobre la que los Papas modernos fundamentan sus esperanzas de pacificación de nuestra sociedad, no es tal piedra angular, sino simplemente algo tan frágil y efímero como es siempre una moda.

Debe comprenderse que la historia de nuestra salvación ha transcurrido en teatros determinados geográficamente y que incluso es lícito que cada pueblo se enorgullezca honestamente de las distinciones de que ha sido objeto por parte de Dios; los demás pueblos podrán hasta envidiarlos con santa envidia, pero no hemos de olvidar que para subrayar el carácter universal de la Iglesia católica nunca ha sucedido ningún milagro trascendental en los espacios interestelares ni en el principado de

Liechtenstein, dicho sea sin menoscabo de los habitantes de este pequeño Estado.

Si empezamos diciendo que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es una devoción francesa, terminaremos pensando que la piadosa costumbre de rezar por el Obispo de Roma no es más que un rito italiano, y que la práctica de peregrinar a los Santos Lugares es simplemente una vieja y ya abandonada tradición oriental.

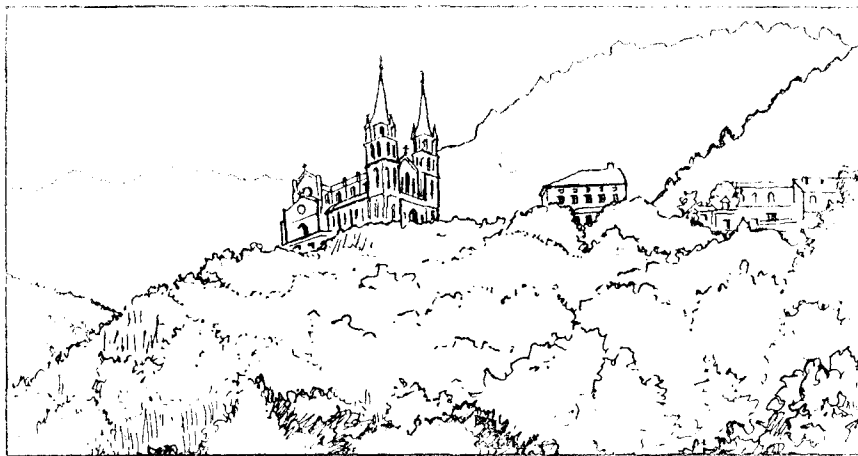
Y si pensamos así, nosotros, que vivimos a las orillas de este mar que surcó San Pablo y que tenemos tantos siglos de Cristianismo, ¿qué pensaríamos si tuviésemos la suerte de ser, por ejemplo, católicos de Nueva Zelan-

da, a quienes no ha sido dado ver lo que nosotros hemos visto?

* * *

La novela a que hemos aludido ha alcanzado ya los honores de una reedición; si este caso se presenta nuevamente, quien la escribió ¿no querrá corregir algunos puntos como los citados? Dios se lo pagará si así lo hace, porque probablemente el fondo y la forma de dicha novela no se prestan a mayores observaciones desde el punto de vista moral. Sirva entretanto esta nota para advertir a quienes la lean de que existen en ella cierta clase de lunares.

FRAXINUS EXCELSIOR



Para dar a comprender cuan excesivo es este deseo, ha prometido a todos cuantos se consagren y ofrezcan a Él para darle este contento que jamás les dejará perecer; que les será un asilo seguro contra todas las acechanzas de sus enemigos, pero sobretodo en la hora de la muerte; que los recibirá amorosamente en su Divino Corazón, poniendo en seguridad su salvación, cuidando de santificarlos y glorificarlos delante de su Eterno Padre, mientras se tomen el trabajo de engrandecer el imperio de su amor en los corazones; y que, como Él es la fuente de todas las bendiciones, las derramará abundantemente en todos los lugares donde sea honrada la imagen de ese Sagrado Corazón.

Prometió además que daría la paz a las familias en que reinara la discordia y protegería a las que estuvieran en necesidad; que difundiría esta suave unción de su caridad en todas las comunidades religiosas en las que fuere honrado y se pusieran bajo su particular protección; que reuniría todos los corazones para no formar más que uno solo con Él; que apartaría de ellos los rayos de la divina justicia, volviéndolos a la gracia, cuando se hallaren privados de ella.

(Carta de Sta. Margarita M.^a al P. Croiset. 1689)

II. LA VIDA

El Congreso Eucarístico Diocesano de Barcelona

Nuestra diócesis ha vivido ocho días entregada, con repetidos actos de fervor, a la adoración y exaltación de la Sagrada Eucaristía. El Congreso Eucarístico Diocesano ha servido, aparte de los fines propios señalados por el Ilmo. y Excmo. Sr. Obispo, para exteriorizar públicamente el intenso amor y profunda devoción de nuestro pueblo a Jesús Sacramentado, al mismo tiempo que representa una promesa consoladora de que este amor y esta devoción se traducirán en un mayor celo para llevar a las almas que aún viven apartadas de la Verdad, a los pies de aquel Corazón que tanto ama a los hombres y que por amor a los mismos se halla realmente presente en la Santa Hostia.

Los actos preparatorios del Congreso demostraron ya el profundo gozo con que había sido acogido por todos los fieles. Por otra parte, las súplicas de tantos niños y niñas a Dios Nuestro Señor para el mayor éxito del Congreso, resumidas en el solemne acto de adoración al Santísimo Sacramento en la Plaza de San Jaime, hicieron concebir alentadoras esperanzas de que amplios frutos serían cosechados.

El día primero del presente mes, se iniciaba el Congreso Eucarístico con una solemne Misa de Comunión general para señoras, que se celebró en la Santa Iglesia Catedral. En el mismo día comenzaron los triduos eucarísticos en todas las iglesias, y las sesiones particulares y públicas, en las que competentes oradores desarrollaron interesantísimos temas relacionados con el Sacramento del Amor.

Consideración especial merecen las velas diurnas y nocturnas a Jesús Sacramentado, en la Catedral; la Misa de Comunión general para hombres y la procesión del día del Corpus. Miles y miles de hombres, de todas las edades y condiciones, se congregaron en el Salón de Víctor Pradera, en una emocionante profesión de fe cristiana, para oír la Santa Misa y recibir la Sagrada Comunión. ¡Con qué fervor y recogimiento se acercaba aquella masa imponente de hombres a recibir el Pan de los fuertes! Terminado el acto eucarístico, resonaron en el amplio paseo, bajo el azul del cielo, firmes y vibrantes, las notas solemnes del Credo y del Himno oficial del Congreso.

Otra manifestación solemnísimas, fué la procesión del Corpus, acto que clausuró las jornadas del Congreso. Estuvo presidida por el Nuncio de S. S. el Papa, monseñor Cicognani, y por el señor ministro de Justicia, que ostentaba la representación de S. E. el Jefe del Estado. Puede decirse, sin hipérbolo, que toda Barcelona se hallaba presente al paso de la procesión, a la que concurrían, con el Ilmo. y Excmo. Sr. Obispo, Dr. D. Gregorio Modrego, todas las autoridades, representaciones eclesiásticas y de los organismos oficiales, asociaciones y congregaciones religiosas y entidades públicas. Al llegar la Custodia a la Plaza de Cataluña, fué colocado el Santísimo sobre un altar, rezándose por nuestro Prelado la oración de consagración de la diócesis a Jesús Sacramentado, terminándose con los cantos del *Tedeum* y del *Tantum Ergo* y la solemne Bendición con el Santísimo a la inmensa muchedumbre arrodillada en todo el ámbito de la grandiosa plaza.

COMENTARIO INTERNACIONAL

ROMA OCUPADA POR LOS ALIADOS

El nombre de Roma ha resonado nuevamente, en estos últimos días, en los labios y en el corazón de los católicos del mundo entero. Las angustiosas llamadas del Sumo Pontífice a los países beligerantes para que no convirtiesen a la ciudad en campo de batalla, despertaron en toda la Cristiandad la esperanza suprema de que la capital del orbe creyente no se vería, en los últimos instantes de una táctica defensiva a ultranza, envuelta en los horrores próximos de la lucha.

La invocación de S. S. el Papa, inmediata a la entrada de los ejércitos aliados, no fué desoída. Gracias a Dios, las palabras del Romano Pontífice evitaron el dolor inmenso de una destrucción que, según los propios términos de Pío XII, «por ningún motivo y de ninguna manera se podría justificar ante la Historia». La retirada de las tropas alemanas más allá de la ciudad, ordenada, al parecer, por el propio Führer, libró a la persona del Vicario de Jesucristo y a la Ciudad del Vaticano, de peligros inmediatos; también fueron salvados monumentos religiosos y artísticos y millares de vidas humanas, muchas de ellas cobijadas en Roma por creerse a salvo de las armas de guerra que habían destruido sus primitivos hogares.

Al conocerse la noticia de que Roma no sería defendida, millares de personas se reunieron en la Plaza de San Pedro, aclamando y vitoreando al Papa. Era el pasado día 5. A las seis de la tarde, Su Santidad dirigió su palabra a la multitud, diciendo: «Demos gracias a Dios por haber sido evitados a Roma los horrores de la guerra. Es necesario mostrar nuestra gratitud por medio de las buenas obras y de la caridad y que se abandonen el odio y el rencor».

Esperamos que la nueva etapa que quedó abierta con la ocupación de Roma por los ejércitos aliados, no llevará aparejada ningún cambio de las relaciones entre la Santa

Sede y el gobierno italiano del sur de Italia, como tampoco sea la ciudad escenario de manifestaciones políticas contrarias, en la letra y en el espíritu, a los convenios vigentes.

EL SEGUNDO FRENTE

A los tres años, aproximadamente, de haber solicitado el dictador soviético la apertura del «segundo frente» por parte de las tropas aliadas, llegan las noticias indicadoras de que ahora, efectivamente, parece que va a realizarse la invasión del continente europeo. En el momento de escribir estas líneas no sabemos aún el alcance de la operación intentada en las costas francesas de Normandía, pero por las afirmaciones de ambas partes beligerantes, puede presumirse que esta vez se intenta, en verdad, la acción decisiva tan anunciada por unos y tan esperada por otros.

¿Qué nos traerá la invasión? Ilusoria sería cualquier tentativa de contestar este interrogante, pero es indudable que llevará aparejada una mortandad espantosa y destrucciones sin límite. Francia, sobre la cual se abate en estos instantes un huracán de fuego y metralla, será la que sentirá más fuertemente el peso terrible de la contienda; la guerra civil, que tantas víctimas causa en el vecino país, pudiera ser que cobrase nuevos bríos, excitados los elementos dirigentes de la resistencia por las órdenes subversivas lanzadas a través de las ondas.

La hora grave que vive el mundo hállase vinculada en gran parte, por lo que afecta a las consecuencias de orden material y aun moral, al desenvolvimiento de las operaciones comenzadas en las costas del Atlántico y en sus posibles repercusiones en todo el ámbito de Europa. ¡Ojalá las excitaciones a la concordia y a la paz, de S. S. Pío XII, sean atendidas antes de que sea demasiado tarde!

La cuestión de Palestina

I

La sobrevivencia del pueblo judío después de la «Diáspora» (dispersión), manteniendo una cierta unidad entre sus componentes y conservando, sobre todo, los caracteres típicos de la raza, a pesar de vivir — en mayor o menor proporción — en todas las naciones de la tierra, y sujeto, por tanto, a condiciones de vida casi siempre diferentes, cuando no totalmente opuestas, despierta en el más profano la presunción de que algo inexplicable se oculta en la misma esencia de este pueblo y de que un destino especial le está reservado.

Muy difícilmente encontraríamos un caso análogo en la historia de los otros pueblos. Tan sólo los judíos han sido capaces de mantener una indiscutible influencia en el mundo y, al mismo tiempo, llevar una vida recluida dentro de sus comunidades, apartadas siempre de los naturales del país en que residen. Este aislamiento absoluto en que transcurre su existencia, ha hecho fracasar cualquier tentativa de asimilación. Incluso la persecución, el odio y hasta el recelo con que se han visto rodeados los judíos muchas veces, les han ayudado, en gran manera, a defender con éxito su pureza racial; pero — ¡enigmática contradicción! — aquel mismo recelo, traducido en algunos momentos en franco desprecio, no ha impedido que los miembros más destacados de la raza influenciasen poderosamente muchos aspectos de la cultura, llegando algunas de sus obras disolventes a penetrar y propagarse rápidamente entre la sociedad, sin quedar excluidos del contagio algunos elementos reacios a la convivencia personal con los judíos.

Dignos son de estudiarse los grandes problemas que plantea la cuestión judía; CRISTIANDAD no renuncia a tratarlos, dentro del más amplio espíritu de caridad y siguiendo siempre las enseñanzas de la Iglesia, con toda la amplitud que se merecen. Hoy sólo pretendemos trazar algunas líneas, resumiendo uno de los aspectos — tal vez no el más interesante — de tan espinoso problema, y que quizás haya servido a muchos de eficaz acicate para estudiar otras derivaciones muy importantes de tan compleja cuestión. Queremos examinar, sin entrar en pormenores, el movimiento que con mayor amplitud ha intentado reintegrar al pueblo judío a la tierra de sus mayores. Nos referimos al Sionismo.

Trataremos, especialmente, de dos puntos principales: 1.º, la importancia que el triunfo de los aliados en la pasada guerra tuvo para el porvenir del movimiento sionista, y 2.º, la posición de la Santa Sede ante la tentativa de los israelitas, y, en general, frente a la situación planteada en Tierra Santa al terminarse aquella contienda.

Desarrollo del sionismo

Precisa, ante todo, no olvidar que los judíos no se manifestaron, desde el principio, unánimemente favorables a la causa sionista. Hubo entre ellos un núcleo muy poderoso que rechazó la idea, defendiendo una teoría que, a pesar de su divulgación, no ha sido considerada en todo su valor. Dicha teoría se basaba en los siguientes principios: la vida del pueblo israelita en el destierro, ayuda y favorece los planes de influencia universal de algunos de sus miembros, al mismo tiempo que se derivan para todas las comunidades, privilegios apreciables como minoría que son en todas partes. Dicho de otro modo: si el pueblo judío se recluyese en los límites de un Estado propio, desaparecerían todas sus actuales posibilidades en el concierto mundial, ya que entonces sus miembros serían tratados como extranjeros en el resto del mundo; hoy, en cambio, no son extraños en ningún país, ya que son ciudadanos de aquél en que residen, pero tampoco pueden ser considerados nacionales, pues gozan de un estatuto privilegiado como minoría étnica y religiosa. Esta teoría la defendieron principalmente aquellos individuos de la raza que ocupaban lugares preponderantes en varios Estados; para ellos parecen haber sido escritas las palabras estampadas en «Coningsby», célebre novela

del judío inglés Disraeli: «El mundo es gobernado por personajes completamente distintos de los que creen los que ignoran la vida de entre bastidores».

Más adelante, como veremos, se encontró la fórmula de enlazar aquella teoría con las actuales doctrinas del sionismo.

Muy al contrario de aquel núcleo influyente pensaba Teodoro Herzl, cuando en 1896 publicaba su libro «Der judenstaat» (El Estado judío), que fué la base del moderno sionismo político. Partía Herzl del principio de que todos los pueblos eran antisemitas y que, por consiguiente, era necesario encontrar para los judíos, siempre perseguidos, un hogar nacional donde libremente pudiesen organizarse. De esta manera la cuestión judía se convertía en una «cuestión nacional». El éxito de Herzl fué considerable, principalmente entre los judíos de los países europeos orientales; la organización de las «Chovevi Zión» participó activamente en el fomento de la nueva doctrina, concretándola en la reivindicación de las tierras de Palestina. Al año siguiente de publicar su libro, Teodoro Herzl se reunía con sus más destacados adeptos, en Basilea. Era el primer Congreso Sionista.

Paralelamente a la acción de Herzl, se desarrollaba otra tendencia más radical, fanática, cuyo inspirador fué Asher Ginzberg, muy influyente, años después, en el sionismo. A él se atribuyen los famosos «Protocolos de los Sabios de Sión», escritos, al parecer, entre 1880 y 1890, y la dirección de la sociedad secreta «B'nai Moshe» (Los hijos de Moisés).

Las tendencias de Ginzberg triunfaron dentro del movimiento sionista, en el Congreso celebrado en 1911. Chaim Weizmann, uno de sus discípulos predilectos, fué en aquella ocasión el portavoz de las nuevas orientaciones sionistas, desempeñando desde entonces cargos de influencia dentro de la organización; en 1935 fué nombrado presidente del Ejecutivo, por los miembros del XIX Congreso del sionismo, reunido en Lucerna.

El nuevo programa sionista mereció mejor acogida, incluso entre aquellos judíos opuestos, al principio, a la constitución de un hogar nacional. Tal vez la explicación se encuentre en las palabras de Luis Marshall, presidente que fué de la Delegación judía en la Conferencia de la Paz, cuando decía que *el sionismo se había convertido en un punto de apoyo para montar planes de mayor alcance.*

La posición de la Gran Bretaña

La guerra europea había alcanzado en 1917 su punto culminante. El 10 de mayo, Lenin iniciaba, desde Petrogrado, el movimiento revolucionario bolchevique, siguiendo los procedimientos preconizados por Ginzberg; uno de los jefes sionistas, Sokolov, podía escribir: «Rusia comienza una era de revolución que parece ir acompañada de todas las bendiciones del derecho y de la libertad. Las restricciones contra las nacionalidades y las profesiones de fe, desaparecen. Pero lejos de destruir el sionismo, la nueva libertad le da un inmenso estímulo.»

Los sionistas habían comprendido desde el comienzo de la guerra, que sólo una victoria de los aliados haría posible la realización de sus sueños. Ya en previsión del gran momento, se había constituido, por iniciativa del judío Jabotinsky, una legión judía en el ejército inglés de Egipto; esta legión prestó sus servicios, principalmente, en la intendencia de las fuerzas británicas.

Por otro lado, los jefes del sionismo no descansaban. Fruto de sus actividades, el día 7 de febrero de 1917 se reunió, en Londres, la comisión encargada de tratar de las reivindicaciones judías sobre Palestina. El acto se celebró en casa del rabino Moisés Gaster, asistiendo además de éste, el representante del Foreign Office, Mark Sykes, Lord Rothschild, James Rothschild (hijo del barón Edmundo), Herbert Samuel (Comisario que fué de Palestina), Herbert Bentwick, Harry Sacker, Joseph Cowen, Chaim Weizmann y Nahum Sokolov. Al día si-

guiente se reunieron Mark Sykes y el representante del Ministerio de Negocios Extranjeros francés, Georges Picot. En ambas reuniones se establecieron los puntos fundamentales sobre los cuales habría de basarse, en su día, la entrega de Palestina a los judíos.

Inglaterra no fué remisa en promesas. En 1915, había asegurado a los árabes, en la persona del Cherif Hussein, la independencia de un extenso territorio en el cual se incluía la totalidad de Palestina, a cambio de que prestasen su ayuda para combatir a los turcos. Pero dos años más tarde, las cosas cambiaron totalmente. La Gran Bretaña necesitaba la ayuda económica de los Rothschild y la cooperación política mundial de los israelitas. Y fué entonces cuando el Ministro de Negocios Extranjeros, Lord Balfour, partiendo de las conclusiones anteriormente mencionadas, dirigió una carta a Lord Walter Lionel Rothschild; estaba fechada en 2 de noviembre de 1927, y decía así:

«Muy querido Lord Rothschild: Tengo mucho placer en comunicar a usted, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía a las aspiraciones sionistas judías, que ha sido examinada y aprobada por el Gabinete.»

«El Gobierno de Su Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para el logro de este objeto, siempre en el supuesto de que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos o estatutos políticos disfrutados por los judíos en cualquier otra nación.»

«Agradecería que comunicase usted esta declaración a la Federación Sionista. — De usted sinceramente, ARTHUR JAMES BALFOUR.»

He aquí lo que pudiéramos llamar «Carta Magna» del sionismo. Parece ser que en su primitivo texto figuraban las siguientes palabras: «reconstitución de Palestina en hogar nacional del pueblo judío», que fueron modificadas, seguramente por el mismo Balfour, por las que constan en el texto definitivo: «establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». La diferencia es notoria. Tal vez el cambio se debió al recuerdo de las promesas hechas con anterioridad a los árabes.

Francia, Italia y las demás naciones aliadas, se adherieron a la anterior declaración. En una carta de Max Senior, el judío Marshall escribía en 1918: «El Presidente Wilson ha manifestado sus intenciones personales de sostener los principios expuestos en la Declaración Balfour.» En resumen: los aliados hicieron del retorno de los judíos a Palestina, uno de sus fines de guerra; por lo menos, así lo dieron a entender.

En la Conferencia de la Paz, de París (1919), los representantes judíos pidieron formalmente el cumplimiento de las anteriores promesas, siendo atendidos; al firmarse el Tratado de Sévres (1920) con Turquía, se pactó en su artículo 50, que los aliados confiarían a una de las potencias signatarias el mandato sobre Tierra Santa, para que tuviese efecto «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». El mandato fué otorgado a la Gran Bretaña, aprobándose en 1922, por la Sociedad

de Naciones, los términos del mismo; se disponía (art. 2.º) que el mandatario asumiría la responsabilidad de producir en Palestina «tal estado de cosas político, administrativo y económico, que quede asegurado el establecimiento de un hogar nacional para el pueblo judío»; el art. 4.º estatuye que la administración de Palestina habrá de entenderse, para estos menesteres, con una llamada «Agencia Judía», y por el art. 6.º, la potencia mandataria se compromete a favorecer la inmigración judía.

El movimiento sionista estaba en marcha. ¿Cuál ha sido su resultado? No podemos examinarlo en el reducido espacio de que disponemos; baste recordar solamente que la población de Palestina, en el momento de otorgarse el mandato, se distribuía, según el Ministerio de Colonias de Inglaterra, en la siguiente forma: 590,890 musulmanes, 73,024 cristianos, 83,794 judíos (50,000 según otras fuentes), y 9,474 drusos, en su mayor parte. En 1926, los judíos alcanzaron la cifra de 158,000. Posteriormente, la inmigración judía bajó considerablemente, e incluso muchos judíos emigraron de nuevo.

La cuestión de los Santos Lugares no sufrió, después de la expulsión de los turcos, ningún cambio favorable. A pesar de que el Tratado de Sévres prescribió la constitución de una Comisión Internacional para el régimen de los mismos, Inglaterra logró que aquella disposición quedase en el olvido. Debido a esta actitud, los cristianos no tienen hoy en Tierra Santa más prerrogativas que las que le concedió el Gobierno otomano.

Por otra parte, Palestina ha sufrido, a partir de la última guerra, una grave transformación que tiende a convertirla en un lugar de recreo y disipación. Los Santos Lugares están actualmente rodeados de centros de diversión; la «civilización» moderna, en su peor aspecto, ha inundado las tierras que fueron santificadas por la presencia de nuestro Redentor, y las costumbres paganas han hecho su aparición con escalofriante atrevimiento. Un destacado funcionario inglés, Keith Roach, escribía sobre esta materia, en la siguiente forma:

«Un sorprendente cambio en Palestina es el moderno método de edificación... Debido al origen cosmopolita de los constructores, todas las formas de la arquitectura son reproducidas en las nuevas casas... Varias aldeas tienen encantadoras villas... Una colina entera del Carmelo ha sido cortada para proveer material de construcción... En la orilla del Mar Muerto ha sido establecida una playa de placer... Partidos de «yatch» y de natación tienen lugar a lo largo de la costa y en el hermoso lago interior de la Asociación de Jóvenes Cristianos, en Jerusalén... El cine ejerce un importante papel en nuestra vida diaria.»

Para terminar este capítulo, sólo hemos de recordar que en mayo de 1939, el gobierno británico publicó un «Libro Blanco» anunciando que, dentro de diez años, se constituiría en Palestina un Estado Federal independiente. Restringía la inmigración judía en los cinco años siguientes, haciéndola depender, después, del consentimiento de los árabes. No hay que decir que la propuesta inglesa fué muy mal acogida, tanto por los árabes como por los judíos.

En un próximo número, Dios mediante, explicaremos la posición que mantiene la Iglesia frente a esta grave cuestión, la situación actual en Palestina y las actividades más destacadas de los jefes sionistas en el momento presente.

JOSÉ-ORIOI CUFFI CANADELL.



*Fabricación de Altas Fantasías
en Lanería para Caballero*

M. Corominas, S. A.

Casa fundada en 1820

SABADELL

HILATURAS
MATARÍ, S. A.

TARRASA

Vapor Matari

Teléfono 1205

CUEVAS DE ARTÁ

**¡Obra del Supremo Hacedor!
¡Maravilla Subterránea!
¡Visión Dantesca!**

H. J. T.

TARRASA

Fábrica de Géneros de Punto

Pedro Geis Bosch

TARRASA

S. L.

Barcelona

Tarrasa Industrial,
Sociedad Anónima

Manufactura de Hilatura de Lana Cardada,
Peinaje e Hilatura de Estambre, Doblados
e Hilos de Fantasía, Tisaje, Desmote, Blan-
queo, Tintes, Aprestos y Acabados.

CTRA. DE MONCADA, 280
TELÉFONO 1803

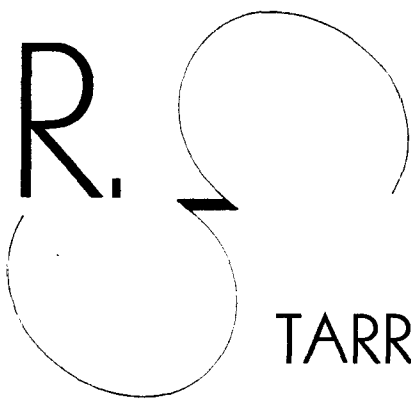
Tarrasa

J. T.

TARRASA

D., - S. A.

TARRASA

J. R.  TARRASA

E. C.


Tarrasa

De interés para los lectores de CRISTIANDAD:

Perfiles de Resurrección

UNA VISIÓN HISTÓRICO - RELIGIOSO - LITERARIA

Por JOSÉ M. GIBERT FÉLIX, con una Bendición de
S. E. Rdma. Dr. D. GREGORIO MODREGO CASAUS,
Obispo de Barcelona, y un Prólogo de RAMÓN
RUCABADO. Ilustraciones de GARCÍA ESTRAGUÉS



**De venta en todas las librerías y en la
Administración de CRISTIANDAD.**